

# EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, NOVIEMBRE 6 DE 1898

NUMERO 19



**EL SR. GENERAL DIAZ EN EL FESTIVAL DE CARIDAD.**

(Instantánea tomada para *El Mundo*.)



## LA SEMANA

No hace muchos años, un grupo juvenil, movido de patriótico entusiasmo, fué en romería al Monte de las Cruces y al pié del monumento que recuerda la victoria memorable de los independientes sobre las fuerzas del cruel Trujillo,—un monumento que armoniza su austera sencillez con la grandiosidad del bosque sagrado,—dejó la ofrenda de un piadoso recuerdo.

Patética conmemoración! Los jóvenes, los adolescentes más bien, llevaban todavía potente en el espíritu esa clásica arrogancia de los selectos y de los idealistas para quienes la vida es epopeya y sólo conocen el tipo humano á través de las severas cláusulas de Tito Livio.

Para ellos, aquel lugar sagrado, era santuario misterioso, accesible sólo á los creyentes, á los que se purifican en el agua lustral de las grandes ideas humanitarias;—creían que la Patria aparecía allí en su radiante glorificación y por eso fueron á oficiar en donde todo culto es grandioso, en la soledad arrullada por el eterno murmullo de las frondas.

Mas he aquí que una turba de seres aherrojados aún por la ignorancia y el instinto, manchan el sitio consagrado por la Patria al heroísmo con la sangre de brutal asesinato.

El aniversario de la batalla de las Cruces, fué á su vez una batalla en la que pelearon odios mezquinos incitados por la embriaguez,—ese velo que hace más obscura la noche en que vive el bajo pueblo indígena, la existencia miserable de una raza sin esperanzas de redención por el progreso.

Vedla si nó el día de muertos en las prácticas de su culto á los antepasados. No comprende los ritos del catolicismo, religión de la que es el indio adepto nominal como es nominalmente beneficiario de los derechos que le otorgan la cultura de la época y nuestras instituciones.

En esos cerebros primitivos no cabe la concepción de la vida supraterrrestre que constituye la esencia de las religiones superiores,—un cielo y un infierno; goces y penas inmateriales, distintas de las que experimentan los vivos en la tierra.

Los difuntos comen, beben, se embriagan y riñen como lo hacían en vida, y sus deudos no encuentran medio mejor de celebrar el día consagrado á los desaparecidos que servirles el banquete copioso y el licor que era su delicia, proporcionarles la baraja y aún armas para reñir.

La clase popular lleva á las necrópolis con sus barracas y su completa instalación de fondas y tabernas, el humor bullanguero, alegre, desordenado, y los excesos orgiáticos de una verbena.

Repugnante vecindad la de esos festejadores que profanan la muerte para los espíritus delicados que visitan la tumba de sus muertos, regándolas de flores simbólicas y de lágrimas.

A medida que avanzan los siglos pertenecemos más á los que fueron, y en todos nuestros actos sentimos la ligadura que nos sujeta á su misterioso dominio.

El porvenir se elabora secretamente, preparando inesperadas maravillas bajo el influjo del pasado.

Ascendentes, héroes, sabios y poetas ¡qué inmenso rumor de voces elocuentes habla en nosotros y nos impele á seguir un ideal, á resolver un problema, á completar una obra interrumpida por la muerte!

La solidaridad entre los muertos y los que viven es perenne, y mayor la acción de aquellos en los acontecimientos, así en los vulgares é insignificantes como en los que trascienden á toda una época. Jesús conforta con su ejemplo á millones de mártires; Platón ilumina el intelecto de la humanidad y Shakespeare puebla de tipos eternos la fantasía.

El día de muertos, con su sol pálido y triste y su bruma fría, toca nuestro corazón dormido, despertando en él lo que fué. Y ese calor de afectos que sentimos un tiempo vivaz, y á todas horas presente, en este mismo hogar que abriga á los que quedan, junto á la cuna vacía y el sillón abandonado, nos hace pensar en la frialdad del sepulcro.

Becquer lo dice en la dulce ternura de sus versos.

¡Qué tristes y solos  
se quedan los muertos!

Gracias á que los sauces agitan sus ramas y los pájaros anidan y cantan en las copas, las tumbas no están del todo abandonadas por la vida.

Nuestro amor no queda satisfecho con las cinerarias que llevamos al camposanto, ni con la memoria de los muertos queridos: sentimos como un remordimiento de vivir, de ser felices, al agruparnos en torno de la mesa para beber el vino que tiembla en las copas y la mirada que brilla en los ojos amados.

No los olvidamos, no podemos olvidar á nuestros muertos.

¡Qué tristes estarán en la soledad de su tumba!

Las noticias que llegan de Monterrey,—más tranquilizadoras cada día,—indican cuán fácilmente prevalecen inmotivadas alarmas en el pueblo.

La multitud dominada por una preocupación procede en todos sus actos de una manera ilógica, se ciega y se enfurece, se entusiasma y se amedrenta por causas fútiles y á veces imaginarias.

Que cualquiera levante la voz y le diga cuando padece hambre: «los comerciantes tienen víveres y no quieren venderlos,» se arrojará furiosa y saqueará almacenes y dará muerte á los supuestos enemigos del pueblo, sin examinar previamente si el acusador dice ó no la verdad.

Un quidam dice á ese mismo pueblo amenazado por una epidemia: «los médicos envenenan á los enfermos,» y la frase correrá de boca en boca; algunos pretenderán haber visto á los doctores en conciliábulo para preparar el crimen; otros de buena fe creerán que presenciaron una misteriosa maniobra del médico, tras de la cual el enfermo murió súbitamente, y hasta habrá quien atestigüe revelaciones de alguno de los inculpados.

En vano se demostrará la imposibilidad moral de esos hechos imaginarios: todos los medios racionales de persuasión serán ineficaces. La creencia absurda no se desvanece con demostraciones; para destruirla es preciso apelar á los mismos medios que lo engendraron.

Los historiadores hablan de estos casos típicos de demencia colectiva, momentánea ó duradera, que produce toda agitación social. Un transeunte encuentra una multitud amotinada en las calles de París, y alguien lo señala con el dedo diciendo: «ese es un traidor;» la furia popular se apodera del desdichado y lo abofetea y lo arrastra para colgarlo de una linterna: la víctima tiembla, implora piedad, y cuando todo está perdido para él, grita otro amotinado «es un cobarde y no puede ser tirano del pueblo.» La decoración cambia y el furor se convierte en hilaridad; los mismos que iban á matarlo se ríen de él; pero en ese momento el que iba á ser ajusticiado se encara á la plebe y le habla de sus apiniones, de su vida consagrada á la causa pública, y todos, sin excepción, aplauden y lo llevan en triunfo como á un héroe.

Así es el pueblo cuando nada refrena sus impulsos. Ya veremos cómo al desaparecer el pánico, los médicos á quienes una multitud estulta declaró criminales, serán objeto de veneración por su meritisima conducta humanitaria.

En el coliseo de Vergara celebró el Club Dramático una velada, como acostumbra hacerlo periódicamente, y esta vez ofreció un doble atractivo, pues además de poner en escena una obra de autor mexicano, la nueva creación dramática se desarrolla en los brumosos tiempos que precedieron á la conquista ibera, en plena época de civilización autóctona.

La obra, que idealiza á Netzahualcoyotl, el poeta rey, fué bien recibida, tanto por su originalidad, cuanto por la discreción con que está tratado el tema.

Aunque la época á que se refiere es bastante pintoresca, hay que dudar no obstante, que alguna vez tengamos una *Salambo* azteca.

DICK.

## Política General.

RESUMEN.—La retirada de Marchand y el conflicto franco-británico.—Preparativos bélicos.—Temores de una gran conflagración.—Odios de pueblos y competencias de razas.—Eslavos y sajones.—En Oriente y en Occidente.—Las conferencias de París.—Rumores contradictorios.—La posesión de Filipinas.—La ley del más fuerte *Vae victis!*—Conclusión.

No ha bastado la salida del comandante Marchand rumbo á París, á la que se da la significación de una retirada, para serenar el horizonte político donde se ciernen oscuros nubarrones de guerra. El conflicto anglo-francés permanece todavía en pie, y prueba de ello son los movimientos y actividad que se observan en los arsenales y astilleros de la Gran Bretaña, la evolución de sus escuadras en el Atlántico, en el Pacífico, en los mares de China y en el Mediterráneo. Por todas partes se nota febril ansiedad y se siguen con interés los cambios más insignificantes efectuados en las escuadras inglesas que resguardan todos los mares. Prepáranse en Davenport las unidades más poderosas de la marina inglesa, para concentrarse en Gibraltar y vigilar desde allí Argelia y Túnez; reciben órdenes de concentrarse en Jamaica y en las Barbadas, los dispersos elementos que constituyen la escuadra del Atlántico; en Victoria se reúnen cruceros y cañoneros, para dirigirse á Tahití y amenazar las islas de la Sociedad.

Si todos estos preparativos indican un movimiento hostil contra las diversas colonias francesas, que en un momento dado pudieran ser atacadas, sábase que en Wey-Hay-Wey, Che-Foo y Hong-Kong, se hallan listos para zarpar los buques británicos con calderas encendidas y bien provistos de municiones, en tanto que en Puerto Arturo, la escuadra rusa se prepara también á movimientos desconocidos.

\* \*

¿Qué viento de muerte agita los espíritus? ¿Qué soplo fatídico cruza por los horizontes europeos, exaltando los ánimos, despertando viejas rivalidades, sembrando odios y agitando inextintas ambiciones? ¿Qué sombra de muerte cae sobre los gabinetes, ofusca á los soberanos de la tierra y estremece á los pueblos que parecen prepararse á una lucha gigantesca? Como contestando á la iniciativa del emperador Nicolás II, que apenas hace dos meses predicaba la paz y la concordia á las naciones de la tierra, como contestando con fermentaciones de venganza y explosiones de aborrecimientos mutuos, así se hallan los encargados de dirigir á los pueblos por el camino del bien, lejos, muy lejos de la concordia que recomendaba el autócrata moscovita.

No es la posesión de un palmo de terreno en el valle del Nilo Superior, no es el dominio sobre un grupo de tribus nómadas del Sudan, lo que ha podido ocasionar la exaltación en estos momentos y los grandes preparativos bélicos entre Francia é Inglaterra; después de las continuadas notas diplomáticas, después de la publicación del «Libro Azul» por la Gran Bretaña y del «Libro Amarillo» por Francia, después de la retirada real ó fingida de Marchand y del aplazamiento de la cuestión egipcia para mejor oportunidad, hay que pensar que alguna otra circunstancia, de la que todavía no nos dan cuenta los cablegramas, ha venido á agriar los ánimos y á excitar las voluntades, para que, cuando todos esperaban una solución decorosa para las dos potencias que se disputan con mejor ó peor derecho el repartimiento de los despojos de los vencidos dervises, se encuentren, más que antes, á punto de un rompimiento.

\* \*

No hace muchos días que el ministro alemán en Pekín propuso á los embajadores extranjeros se tomara posesión, en nombre de las potencias europeas, del ferrocarril de Tien-Tzin para que en un momento dado pudieran acudir las fuerzas de sus nacionales á defender las embajadas y los intereses respectivos, caso de cualquier motín ó levantamiento contra los cristianos.

Rumórase ahora, que, aprovechando Rusia la excitación producida por la cuestión egipcia y la exaltación del espíritu británico contra Francia, trata de dar un paso más en territorio chino, pasando por encima de los intereses británicos, adelantando siempre en su influencia desmedida y dando un nuevo golpe á Inglaterra en el extremo Orient.



Verdadero ó falso, este rumor sí explica satisfactoriamente á qué obedecen el movimiento y la actividad inusitados que se observan en las escuadras y en los puertos de Inglaterra y sus colonias; si se comprende de ese modo, por qué al conflicto anglo-francés pueda substituirse el siempre amenazante conflicto anglo-ruso, aplazado por un momento pero no resuelto, después de la determinación muy vaga de las esferas de influencia respectivas sobre China, acordadas últimamente entre los gabinetes de Londres y San Petersburgo.

\* \*

Si desgraciadamente el siglo que acaba ha de tener las postrimerías sangrientas y ha de terminar con una conflagración universal, comparable á la que presenció en su nacimiento durante las guerras del Consulado y el Imperio, terrible será el choque entre las potencias europeas, formidable será la catástrofe que cambie el mapa de Europa, disputándose su dominio las razas eslava y anglo-sajona.

Son de tal importancia, tienen transcendencia tanta los nuevos problemas internacionales y las disputas nuevas entre los poderosos de la tierra; tienen tanto interés los futuros conflictos y las rivalidades nacidas entre los grandes pueblos, ansiando siempre nuevas tierras, buscando nuevos mercados y requiriendo nuevas fuentes de riqueza por todas partes, que se empuñan ante su consideración las viejas rivalidades, los antiguos odios que armaron á Alemania y la constituyeron en un imperio militar, é hicieron de la República Francesa el pueblo siempre preparado y con el arma al brazo, para volar en pos de la revancha. ¿Qué significan los odios de dos naciones frente á los odios de dos razas? ¿Qué son la competencia de dos países frente á la competencia de dos grupos humanos, uno de los cuales representa en su territorio la séptima parte de la tierra, y el otro tiene esparcidos sus súbditos y sus factorías en toda la redondez del mundo?

El desquite que ha anhelado Francia hace cerca de treinta años pudo ocasionar una guerra más ó menos limitada. Para conservar la paz, Alemania hizo la formidable triple alianza. Después de largos trabajos y diversos tanteos, Francia logró constituir su alianza con Rusia, para poder desafiar á su enemigo. Frente á frente los pueblos aliados, se han contemplado de hito en hito, sin atreverse ninguno á desenvainar la espada, por no atraer sobre sí la tremenda responsabilidad de una guerra europea. Pero el eslavismo ha avanzado lenta y seguramente en su camino de expansión; sin que nadie lo haya podido detener, ha ensanchado sus dominios, avanzando sobre el Mar Negro y sobre el Caspio, y por fin, ha tropezado en sus inmensos territorios de Asia con las posesiones británicas, en sus territorios europeos con el baluarte de Alemania y de Austria, que aún tienen en su poder pueblos eslavos.

La lucha no es de ahora, la competencia es secular. Si en el momento no estalla el conflicto, se aplazará para más tarde; pero el desafío está lanzado entre eslavos y sajones: los dos se disputan la posesión del predominio en Oriente y Occidente.

¿Cuáles serán los pueblos que gravitarán en redor de esos centros, y de qué modo se formarán las alianzas cuando estalle la contienda armada? Imposible definirlo, porque son muchos y diversos los intereses que tienen que dirimirse. Tal vez para entonces tome parte y se sienta entre las potencias de primer orden, hasta la Unión Americana que, después de la guerra con España, ha inscrito su nombre en el catálogo de las potencias marítimas.

\* \*

Vana fué la resistencia que opusieron los comisionados españoles en las conferencias de París, á las exigencias americanas, en cuanto se refería al asunto de las Antillas. Por boca de sus representantes había declarado el gobierno de Washington que no reconocería ni tomaría á su cargo la deuda de Cuba, sino en aquella parte que se ligara directamente con las ciudades antillanas, y á lo que parece han tenido que ceder los enviados de su Católica Magestad. Pero al anuncio de que los Estados Unidos pretenden para sí la soberanía completa sobre todo el archipiélago filipino, han circulado las versiones más contradictorias.

Aseguran algunos, que este solo anuncio servirá para que terminen de modo inesperado todas las negociaciones de paz; que en consecuencia, se renovarán las hostilidades, y una poderosa escuadra americana zarpará desde luego rumbo á las costas españolas. Dicen otros, que el presidente del consejo de ministros en el gobierno de España luchará cuanto pueda, por medio de los enviados en París, por alcanzar compensaciones pecuniarias y el reconocimiento de la deuda de Filipinas, en la imposibilidad de oponerse á las pretensiones americanas. Hay quienes anuncian la retirada inmediata del Sr. Montero Ríos y sus colegas; mientras que predicen otros la sumisión completa de los comisionados españoles á cuanto pretenden los vencedores.

\* \*

Difícil sería para España, en las actuales circunstancias, querer oponerse por la violencia á las condiciones impuestas por el vencedor. Podrá haber disensión sobre los artículos del Protocolo que sirven de base al tratado de paz definitivo; podrán encenderse discusiones más ó menos luminosas y esgrimirse todas las armas retóricas recogidas en el arsenal de la dialéctica por los diplomáticos españoles; pero enfrente de esos juegos artificiosos de la palabra, está la inflexible línea recta á que se han sujetado Mr. Day y sus colegas, según las instrucciones recibidas del presidente McKinley. No cejaron ni un punto en la cuestión de la deuda cubana, y si es verdad que han pedido la posesión de las Filipinas, probablemente tampoco cejarán y se manifestarán dispuestos, antes que á ceder, á comenzar de nuevo las hostilidades, que tendrían por campo de acción, ya no las aguas de Cuba ni el territorio de la gran Antilla que está á medias en su poder, sino tal vez los puertos y las plazas marítimas españolas, á donde probablemente se dirigirían las escuadras de Sampson y de Schley, con la seguridad de no encontrar la resistencia de una escuadra enemiga.

¿De qué podrían servir en este caso las protestas del gobierno español por ante las potencias europeas? Europa que contempló indiferente cómo se desarrollaba el drama hispano-americano, sin dar señales de intervención, más allá de las manifestaciones de platónica simpatía hechas por algunos órganos de la opinión, quedaría otra vez impávida ante la renovación del conflicto. Harto tiene que ocuparse en sus asuntos propios y en sus dificultades interiores, harto tiene en que pensar para curarse de las desventuras del débil.

Triste es pensarlo, pero hoy como ayer, el vencido tiene que sujetarse á la ley impuesta por el vencedor.

X. X. X.

Noviembre 3 de 1898.

## Acuarelas de viaje.

### ROMA

¡Qué mal hizo el municipio romano al mandar destruir las ruinas de los baños de Diocleciano! Pero la razón que tuvo fué poderosísima en estos tiempos modernos: el emperador de Alemania hacia en 1888 su primera visita á su regio aliado Humberto, y el municipio de la capital del reino temió engendrar en el agosto huésped una impresión desagradable, si lo primero que se ofrecía á su vista era una mole de piedra negruzca y caótica que proyectaba su sombra secular sobre la frescura de los muros de la estación y muy cerca del monumento que conmemora el fracaso del moderno Lacio en sus empresas conquistadoras.

No sé cómo habrá quedado la plaza después de escombrada, ni quiero saberlo; pláceme conservar la impresión imperecedera que recibí al entrar á Roma y que guardo fresca á pesar de que entonces mi espíritu sólo presentía las emociones de la belleza.

Hace varias horas que el ferrocarril, ese monstruo de hierro con entrañas de hierro, ha venido atravesando campiñas sagradas. Sus rails están clavados en tierra santa que, al ser removida para el levantamiento de los terraplenes, entregó á sus verdugos mil tesoros de arte y mil secretos históricos. Desde que entramos al valle del Tiber, el espíritu se siente espolado por las recordaciones de los gloriosos tiempos idos, y todo el paisaje exhala una queja tristísima, una queja que parte de las entrañas de sus ondulaciones volcánicas y vibra en el ramaje de sus olivares y azota las ventanillas del tren con el empuje de las rimas latinas. El río serpentea en armónicas curvas, cortando con la aridez de su légamo pedregoso—testimonio de aquellas asoladoras inundaciones—la matizada verdura de los campos. A trechos mués-

trase la silueta dentada del monte de San Orestes, del antiguo Soractes, inmenso bloque calcáreo que sirvió de pedestal á un templo de Apolo, y que cantó Horacio:

*Vides ut alta stet nive candidum Soracte,*

y que cantó Virgilio:

*Summi deum sancti custos Soractis Apollo!*

El conductor, menos clásico, anuncia la estación de Borghetto, con parada y fonda. Hay sin embargo una sensación deliciosa: beber el mismo vino de las mismas uvas.

A la derecha, un castillo en ruinas, de piedra rojiza y torres triangulares, mitad templo y mitad fortaleza, con un campanario y un puente levadizo. A la izquierda, sobre el Tiber el ancho Ponte Felice, construido por Augusto y restaurado por Sixto Quinto, y cien veces cruzado por las legiones de los Césares,—por aquellas legiones aceradas y bravías de esos Césares apolíneos,—y por las caravanas de los Papas,—por esas purpuradas y muelles caravanas de aquellos Papas apocalípticos.

Sigue el ferrocarril, y á lo lejos, entre el obscuro verdor de los profucos montes de olivos, blanquean las casucas de un lugarejo abandonado, no muy distante del claro que sobre los mismos montes forma el emplazamiento de Civitta Castellana. Es Rignano, al pié del Soractes; allí nacieron dos tipos esencialmente romanos, dos completas encarnaciones de sus épocas: Julio César el estoico y Lucrecia Borgia la ramera.

El terreno se occidenta más y más, y los oliveros, cargados de frutos, acarician la cóncava techumbre de los vagones.

Estamos en la Sabina, *terra oleum ferens*, que dió mujeres á los romanos, mujeres que fueron tomadas por la fuerza con viriles energías y en cuyos flancos se labró el advenimiento de la futura raza vencedora.

Muy cerca de los ríes, á ambos lados, yacen fragmentos de piedra puerilmente labrados; el suelo está surcado de extraños cimientos, la yerba se escapa de las grietas de una vieja muralla, invade los cantos enmohecidos y brota flores nuevas sobre las ruinas. ¿Qué recuerdo vaga por allí? . . . . Allí fué Curia, la patria de Numa Pompilio. . . . .

Sigue el Tiber murmurando su eterna canción, á la derecha del camino.

¡Oh! los murmullos de los ríos! Los ríos, esas venas plélicas de la madre Tierra, conservan en sus pulimentados cauces la crónica de los pueblos, y es un hecho que sus aguas, eternamente nuevas, la cantan al claro de la luna ó al beso dorado del sol. Los ríos, como los hombres, brotan de quién sabe qué ignotos orígenes, pero desiguales; los ríos, más que los hombres, tienen el cuño de la raza, y corren, corren, corren no importa á donde, llevando en los reflejos de sus lunas un girón de abolengo que nunca podrán manchar las profanas abluciones que se efectúan en sus orillas, aún cuando ellas pretendan precipitar en sus aguas las incoloras fusiones de la moderna geografía política. El Rhin siempre ha sido y será por siempre teutón, como húngaro al Danubio y romano el Tiber. Los ríos murmuraron siempre canciones propias y la canción del Tiber—¡Oh, Virgilio, Horacio, Cicerón, Livio!—tiene toda la armónica redondez de la lengua madre, y en sus aguas diluido flota el opulento plumón del alma latina, con su doble ajuste magnífico de lirás y de epopeyas.

De pronto el carril torna forzadamente y se descubren monumentos que arrancan el espíritu de los viejos recuerdos de la Roma pagana, para engolfarlo en plena Roma pontificia primero, y para recordarle á la Roma flamante y unitaria después. En efecto, esa villa que á guisa de perdurable centinela, parece columbrar la escarpada llanura desde lo alto de su asiento, para resguardar los cascados patrimonios del sumo obispo romano, fué la de los Orsini, señores patricios de muy histórica alcurnia, y pertenece hoy á los príncipes de Piombino, no menos brillantes próceres de la corte vaticana. Asíéntase la villa en pertenencias de Monte Rotondo, vieja heredad de una raza extinguida, y napoleónicamente convertida, más tarde, en envidiable ducado para los br. vos Poniatowski. Allí, hace seis lustros, el frigio Garibaldi arrebató á las tropas francesas y pontificias un flerón para la corona de Italia. . . .

Muy poco nos falta para llegar á Roma, y vamos siguiendo la dirección de la antigua *via Salara* que se extiende á orillas del camino por donde va avanzando la humeante locomotora. A lo lejos, la villa Albani (oh, sacro colegio!).

Todo nos revela que estamos ya a la puerta de una metrópoli moderna: las multicolores banderolas ferroviarias que siembran sus tonos vivos sobre la alternada monotonía del verde (o ivos) y del gris (piedras); las estanzuelas rústicas rodeadas de tropeles lactíferos; aquí y acullá, fábricas de no sé qué, arrojando por sus altas chimeneas penachos de humo y justificando, prosaicas y feas, el apasionado exclusivismo ruskiniano. . . .

Luego, se atraviesa el río Anio, afluente del Tiber exhausto casi en épocas de sequía, y desenvuelve con magestuosa lentitud su cinta de plata por enmedio de su lecho pedregoso ¡Oh, los lechcs pedregosos de la campaña de Roma!

A la izquierda las montañas de la Sabina se refunden en los montes Albanos, sombreando el horizonte con su alta y larga fila de árboles seculares.

El tren avanza, avanza, y repentinamente resuena un estridente silbido. . . .

Un nuevo recodo que se tuerce, un trozo de paisaje que se descubre, y luego, á la derecha, un inmenso hacinamiento de construcciones, como pincelazos de sepia, coronado por un maravilloso enjambre de torres y cúpulas. Una de éstas, muy ancha y muy hermosa, sobresale por todo el cuadro y da en los ojos



con el júbilo y la confianza de un viejo conocido, muy conocido, á quien sin embargo no hemos visto jamás. ¡Es Roma, con la cúpula de San Pedro, nimbada de oro por los últimos esplendores del sol poniente!

El carril traza un vasto circuito en torno de la ciudad, como para hacer más deseable el pronto arribo. El *ring* se estrecha paulatinamente, pasamos muy cerca de la Porta Maggiore, rasamos el desportillado templo de Minerva Médica y entramos en la estación ...

\*\*

¿No es cierto que el ánimo debe hallarse envuelto en deliciosa unción al sentirse en la vieja metrópoli del paganismo, en la Ciudad Eterna, en Roma?

Inconscientemente espérase ver la estación inundada por blancas parvadas de togados *cives* y de triunfales legionarios, ávidos de escuchar las nuevas traídas del país de los Galos, *qui ipsa lingua Celta*

*apellantur*, ó bien de albirrojas procesiones cardenalcias iluminadas por los fulgores del oro y de las gemas.

Pues bien la impresión que se recibe es desoladora; horriblemente desoladora. El espectáculo de siempre, la igualdad ante el progreso; las aduaneros uniformados las máquinas evolucionando con enormes pujos... los mismos pujos que he oído en New York y en París, en Berlín y en Chicago. Yo bien sé que esos pujos son los pujos de la civilización, pero ¡por Jove! al llegar á Roma resonaron muy ingratamente en mis oídos.

El desagrado aumenta cuando del convoy se ve descender á un granel de rubicundos *misters* y *místres* envueltos en amarillos carriks y calzados de piel de cocodrilo. Son yankees, que desde ultramar tienen alquilado algún palacio histórico donde morarán mientras hagan sus adquisiciones de *artistic works* en las galerías particulares, llevándose las telas maestras á

guisa de pavesas de gruesas cirios pascuales, labrados con primor para burlar la vigilancia del gobierno italiano que prohíbe la exportación de cuadros y esculturas célebres. ¡También la Ciudad Eterna va siendo invadida por los yankees, oh maestro Sierra, por esos Atilas auríferos!

Ahora bien, al salir de la estación y después de mirar el raquítico y banal mausoleo que recuerda las hecatombes italianas en Abisinia, miré en frente el gigante muro de las termas de Diocleciano que hoy ya no existe y que halagaba gratamente al viajero ávido de tiempos idos, con su colosal silueta negra que, en decreciente dentadura, recortaba el esfumado ambiente de la vieja Roma, al desembarcar á la hora de la tarde moribunda. ¡Ah, nunca podré perdonar tal destrucción al *Senatus Populusque Romanus* que funcionó el año 1883 de la era moderna y MMDCXVI de la fundación de Roma!

JUAN SÁNCHEZ AZCONA.

## EL GRAN FESTIVAL DE CARIDAD

en la Alameda de México el día 30 de Octubre.

Conocidos como son ya del público todos los detalles del Bazar de Caridad, reproducimos sólo lo más interesantes para dejar consignado en nuestro Semanario un recuerdo de la brillante fiesta preparada por el "Círculo de amigos del Sr. General Díaz" en obsequio á nuestro primer Magistrado.

Merece aplausos esa agrupación por el tino con que dispuso la gran fiesta y el Sr. Valletto por el gusto artístico de que dió pruebas tan palmarias.

\*\*

La glorieta central de la Alameda quedó enteramente trasformada en vasta exposición donde pudo apreciarse, en conjunto y en detalle, el importante contingente que llevaron al festival las mejores familias de la sociedad mexicana.

La fuente principal de nuestro primer parque ostentaba adornos bellísimos; en su centro se destacaba gigantesco búcaro formado de camedores y palmas que levantaban un soberbio penacho hasta tocar el cielo raso que cubría el amplio salón donde fueron colocados los donativos de las clases acomodadas. Sembrados entre la superficie líquida de la fuente se destacaban gallardos y hermosos los diferentes juegos hidráulicos, cada uno de ellos rodeado de camedores y otras plantas exóticas, que servían de marco á las corrientes de agua que subían á regular altura para caer luego sobre preciosos ramilletes de flores naturales.

Las paredes de la gran fuente estaban adornadas en su interior y exterior por *paneaux* de heno fresco y delicadas plantas entre las cuales sobresalían las bugambilias, azaleas, margaritas, malva rosas, geranios y palmas de la India. Trescientas sillas rodeaban la fuente.

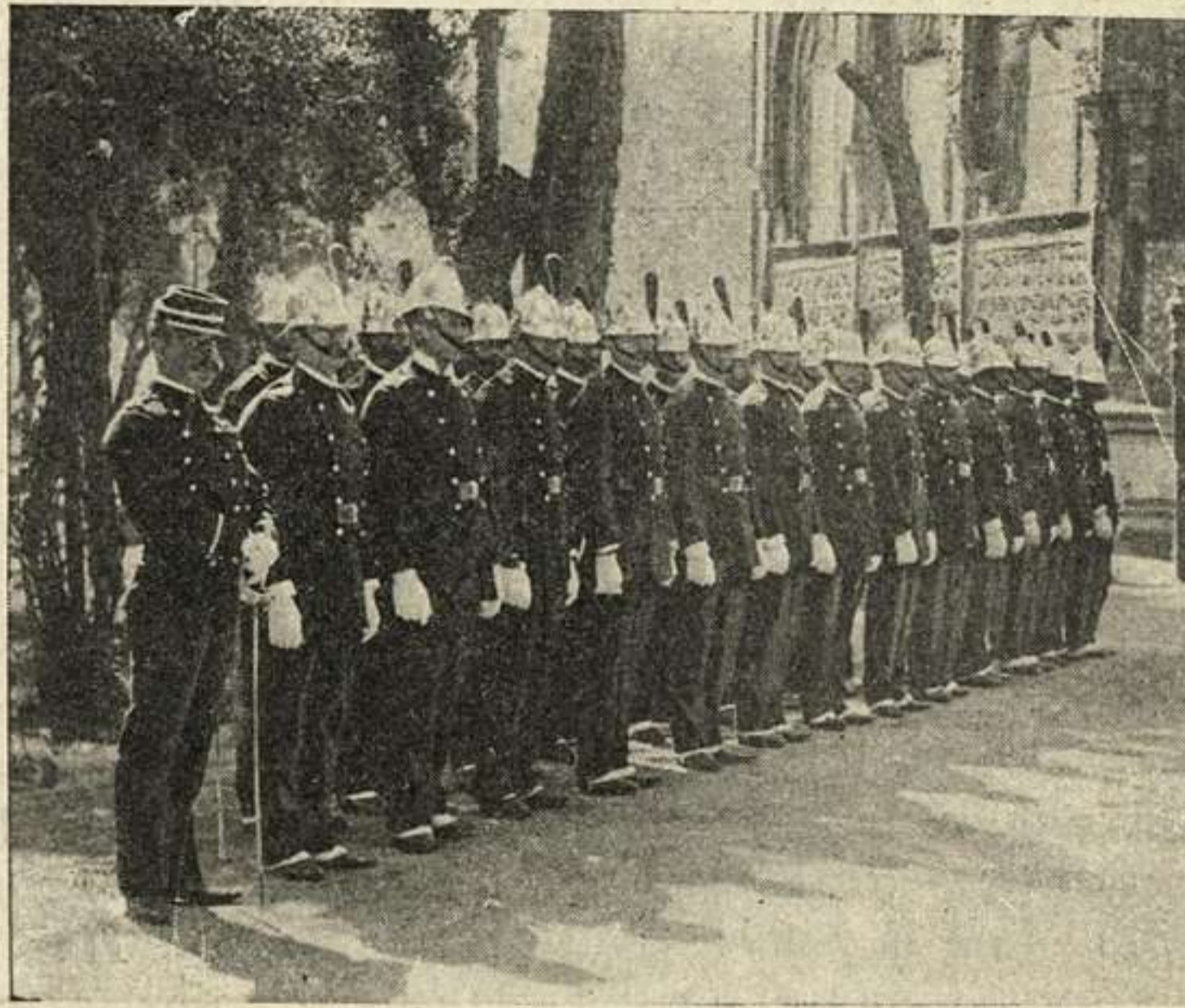
Al rededor de la glorieta y en galería de madera revestida de lienzos de colores rojo, rosa y verde nilo, veíanse los numerosos objetos que formaban el Bazar.

\*\*

La pequeña calzada que se desprende de la gran

glorieta y se dirige al Norte, conducía al sencillo pabellón del "Ferrocarril," juego muy semejante al de ruleta.

Formaban el pequeño pabellón elegantísimos *paneaux* de salón con pinturas que representaban escenas acuáticas; festones de verde follaje unían los extremos de estos cuadros que sostenían en su parte superior el toldo en forma de cono, pintado en su exte-



Guardia de honor.—Bomberos de ciudad.

rior, á rayas gualda y blanco, y oro y blanco por dentro.

En los tapetes verdes, en vez de números, figuraban los nombres de las principales capitales europeas: Roma, Bruselas, Madrid, Londres, Berna, Viena y San Petersburgo.

Las señoras de Chavero, Esther Tornel de Martel Beatriz Hajar de Chavero y Landero de Algara y las señoritas Sara, Magdalena y Victoria Chavero, Carmen Iturbide, Anita Cuevas, Consolación García y Luisa Llamedo, fueron las encargadas de correr la rueda de la fortuna, siempre hostil á las lindas apostadoras y ricos caballeros.

\*\*

El Pabellón de la Banca, situado al principio de la calzada meridional que parte de la glorieta principal figuró entre los más bellos y mejor adornados. Su objeto—la venta de fichas se distinto valor—lo hacía ser uno de los más concurridos.

El Pabellón era pequeño, un verdadero centro de finanzas, preciosa chuchería que constituían delicados y finísimos objetos de arte de legítima procedencia asiática.

El reducido recinto guardaba hermosas filigranas orientales: biombos jarrones colosales, grandes abanicos de papel, farolillos de todos tamaños y colores, una primorosa luna biselada con marco de bambú y mimbre claro que hacía juego con el revestimiento de la armazón del mostrador, toda construida de mimbre y cañas de bambú. En el fondo de la microscópica tienda aparecía el dragón alado del Japón, de anchas fauces y relucientes escamas.

Completaban el singular adorno, grandes y ricos macetones de China con pequeños arbustos de la misma procedencia.

Recibían y cambiaban las monedas, entregando en su lugar las fichas doradas, las señoras Dolores Barrón de Rincón Gallardo, Carolina Cuevas de Escandón y Sara Díaz Mimiaga de Rincón Gallardo y las señoritas María Rincón Gallardo, María Portilla, Luisa Alcázar y Paz G. Calderón.

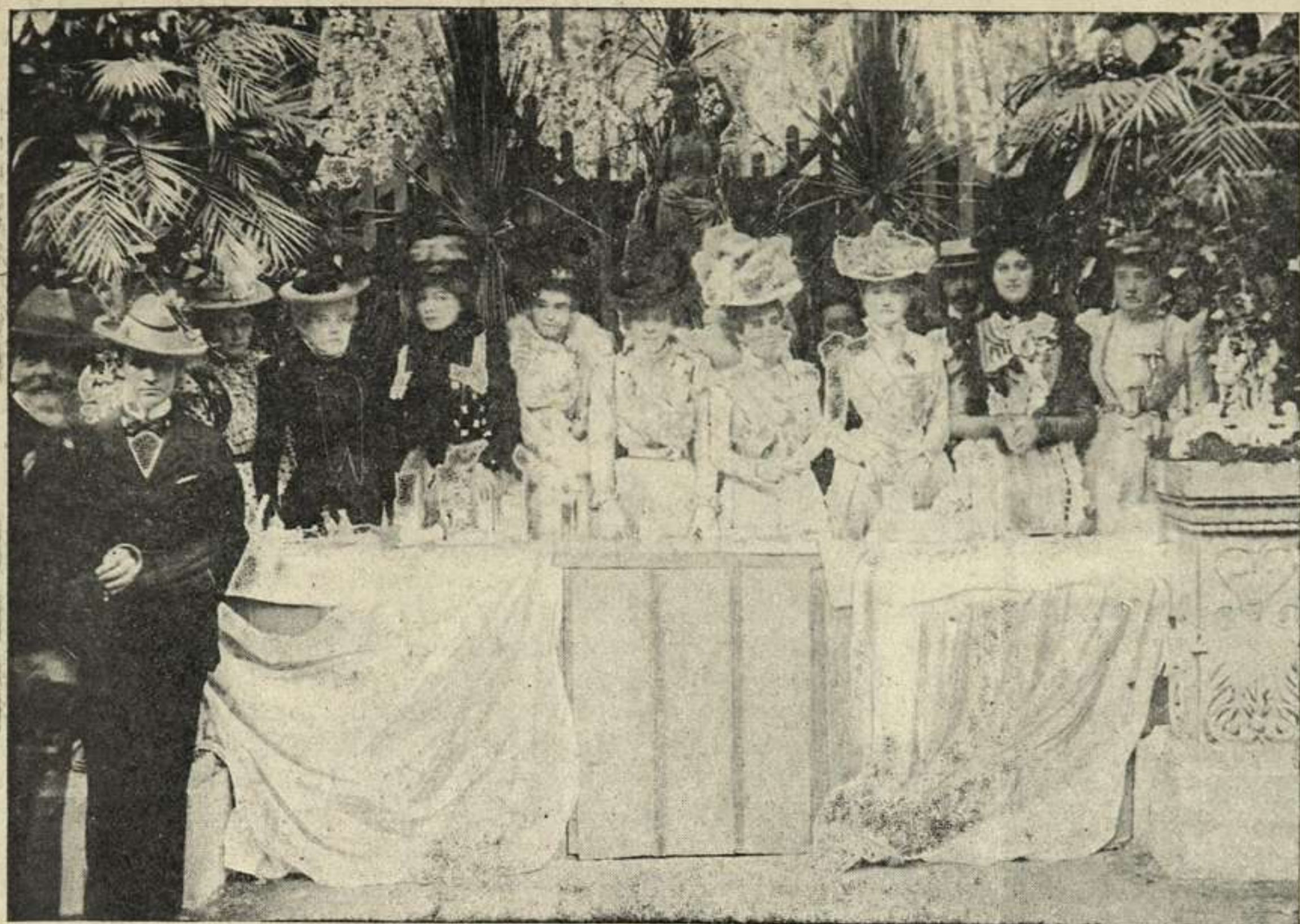
\*\*

Magnífica instalación fué la que hizo la Compañía Cervecería de Toluca. De cerca y de lejos llamaba la



CALLES CENTRICAS DE LA ALAMEDA.





**Expendio de dulces de la Sra. Linch de Camacho.**



**Pabellón de los Gobelinos.**

atención la esbelta Torre Eiffel, copia reducida y muy parecida á la original.

La torre tiene unos doce metros de altura y en sus cuatro costados, en sus aristas, en su pequeña cúpula, por todas partes había sargas de botellas que formaban un gracioso aspecto.

Para aquellas personas que no tuvieron ocasión de conocer la instalación, diremos que se emplearon catorcemil botellas. La base de la torre descansaba so-

cuatro tiendas fueron levantada: al rededor de la fuente, todas adornadas uniformemente: en el fondo de un triángulo formado con barriles y á los costados, trofeos de banderas y escudos nacionales, y grandes macetones de porcelana cubiertos de musgo. Los mostradores eran unos *ecussons* de tela verde nilo y rosa y en sus extremidades unas palmas de la India y *paneaux* de musgo y flores. De las cuatro tiendas partían anchas tiras de lienzo verde claro que se

Fueron encargadas del despacho de cerveza, la Sra. Duque de Estrada y Sritas. Angela y Paz Rosete, Luz y Lupe Villar y Dolores Cárdenas.

El pabellón de dulces de la "Imperial" era amplio, en su fondo percibíanse dos gobelinos, preciosísimos que representaban escenas de la época de Luis XV: estos encantos del arte fueron colocados á uno y otro lados de un gran espejo de finísima luna veneciana e cuadrada en marco dorado de singular



**La exposición de labores manuales en la Glorieta Central.**

sobre un tonel de proporciones descomunales, rodeado de otras botellas más grandes.

La fuente que corresponde a la glorieta respectiva, fué transformada también; el grupo de ninfas descansaba sobre vasto búcaro de flores y plantas exóticas; al rededor había diseminadas tres mil botellas de diferentes tamaños, sembradas de bouquets de rosas y *paneaux* de musgo.

unían en el centro de la glorieta, á una altura regular, formando el toldo del pabellón.

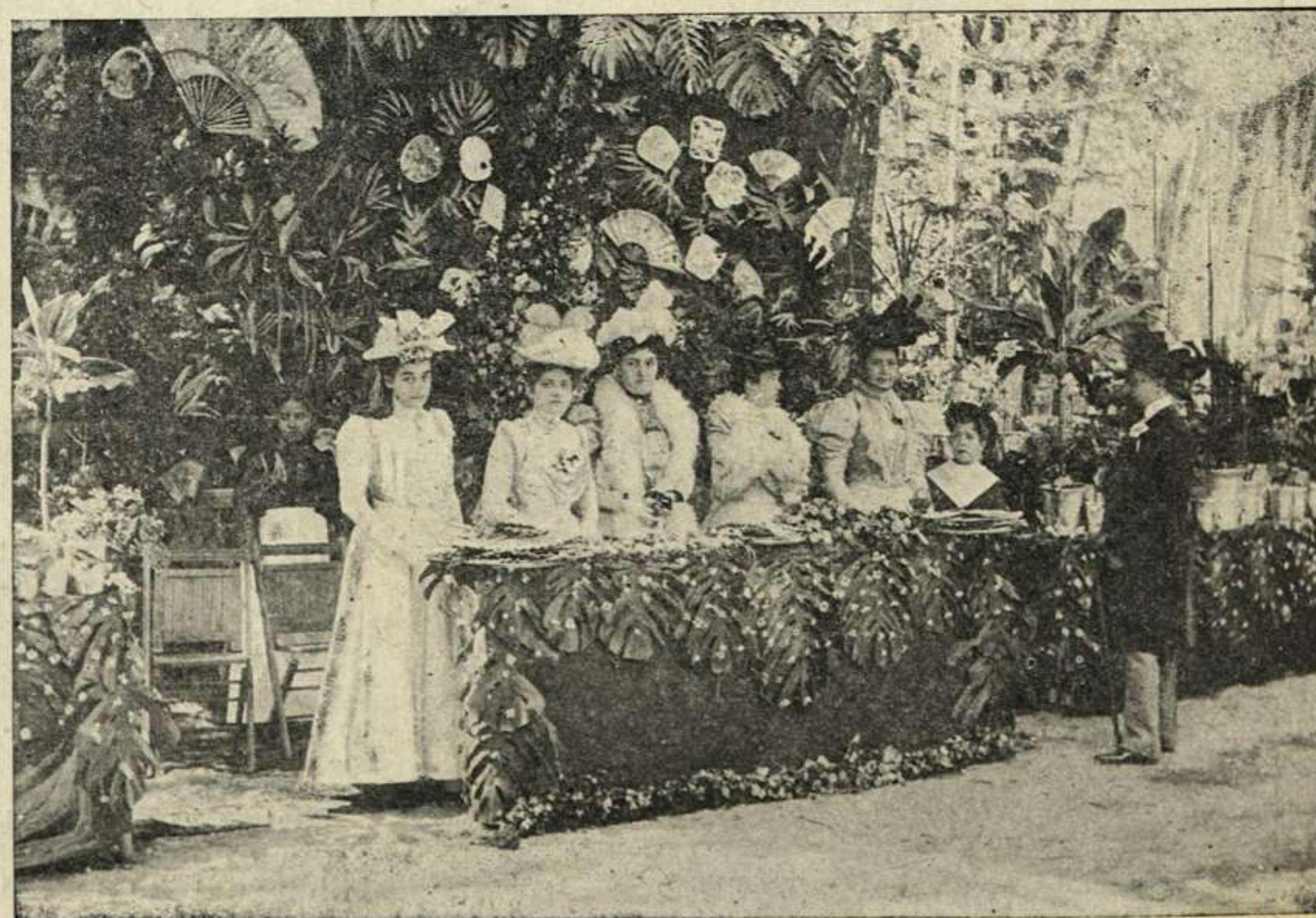
Rematando la cúpula de la Torre Eiffel, flameaba una bandera blanca con esta inscripción: "Festival de Caridad". Dirigieron los trabajos el Sr Ingeniero Enrique Cárdenas y su hermano Teófilo. No bajaron de tres mil pesos los gastos hechos para levantar la torre y los cuatro expendios descritos.

tallado; hacia afuera y casi en los extremos del salón, se levantaban dos araucarias; macetones con palma de la India y tibores con plantas exóticas. En el interior de la tienda había varios ramos de rosas. El techo y cubierta del mostrador eran de cretona de dibujos japoneses: aquel estaba sostenido por esbeltas columnas forradas de género rojo y festón.

Al frente del despacho estuvieron las Sras. Guada-



**Taller de Fotografía de los Sres. Vallete y grupo de señoritas que lo atendieron.**



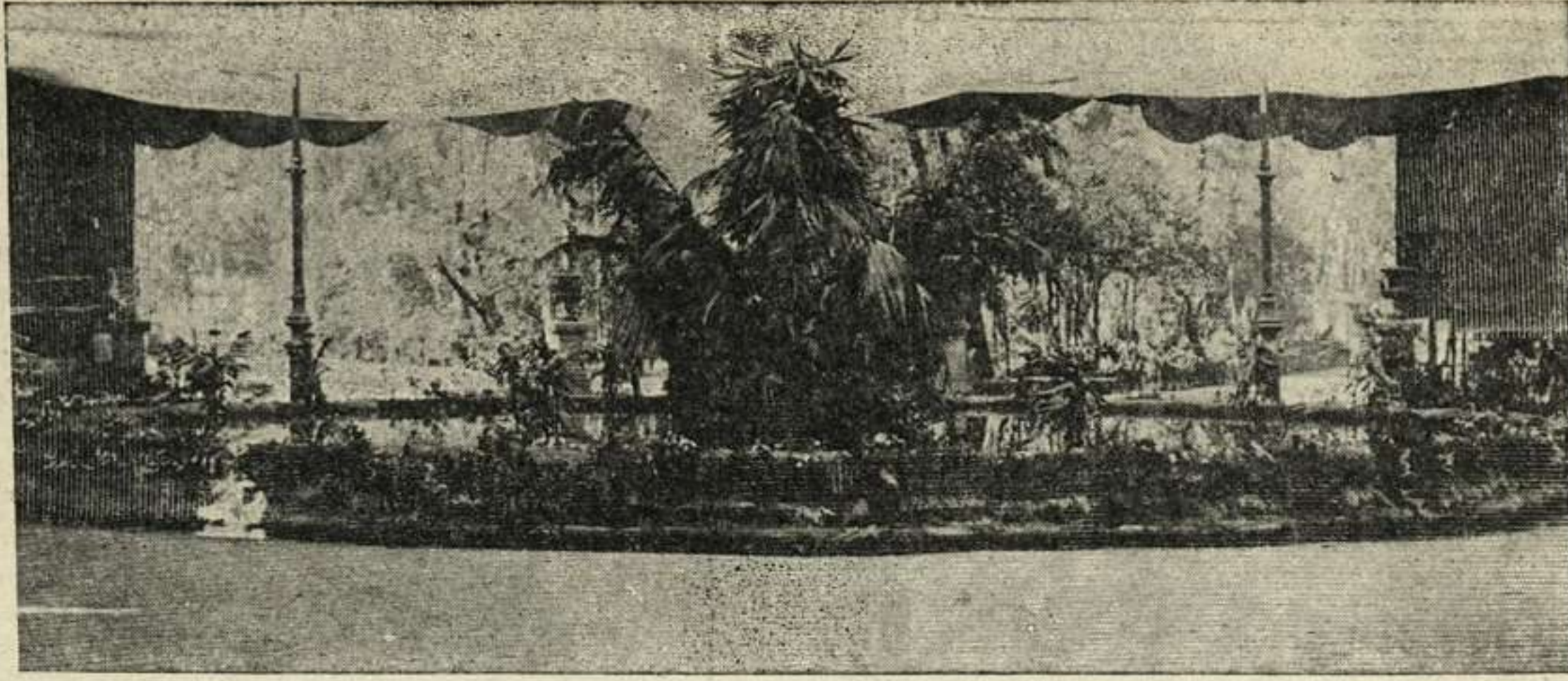
**Pabellón de San Angel.**



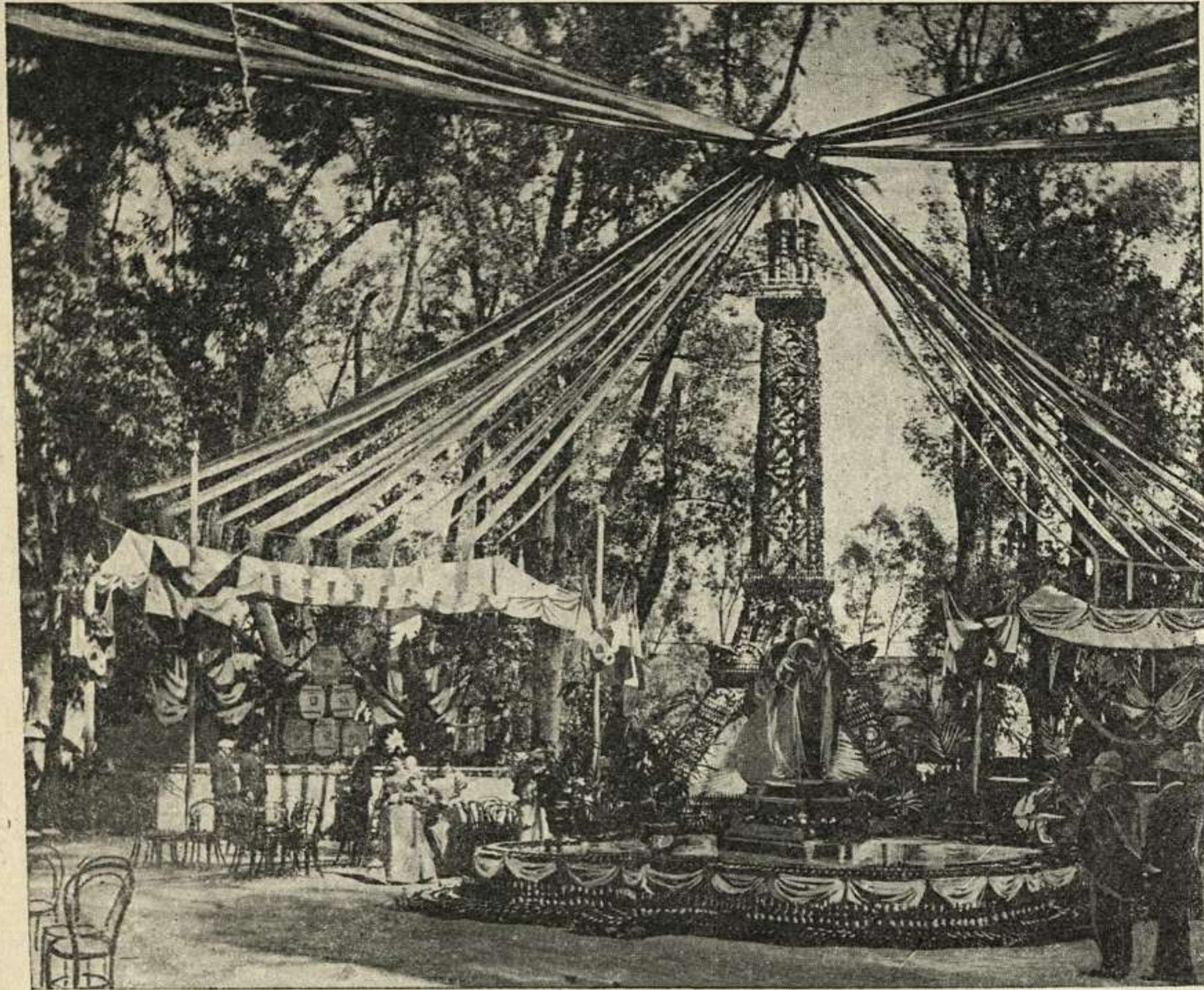
Lupe Terreros de Algara, Cuevas de Mier, Cuevas de Portilla y Ana Schultz de Arilla y señoritas Anita Rubio Obregón, Pepita Algara, Carmen Rincón Gallardo, Leonor de Mier, Lolita Rubio Obregón, Guadalupe Mier, Paz Cortina, Elenita Mier y Luz Cortina.

A un lado del puesto de "La Imperial" estaba situado el Pabellón Azteca. Al frente del hermoso salón se destacaba, el Calendario Azteca, soberbia imitación del que se encuentra en el Museo Nacional.

A los lados de ese monumento había plantas de nuestra rica flora como cactus, magüeyes y plátanos; en los extremos fueron colocadas dos grandes deidades aztecas, las cuales descansaban sobre piedras de la misma procedencia.



Gran fuente.—Glorieta de la Alameda.



Lote de la Compañía Cervecera.

El mostrador estaba cubierto por lienzos pintados al óleo, representando algunas escenas de los indígenas.

Las señoras Campero de Pasquel, Cervantes de Rivas y Cervantes de Campero y las señoritas Guadalupe y Ana Echeverría y Luz Pasquel, atendían aquel expendio de dulces finos.

de Murphy. Concepción Landa de Lascurain y Carmen Castelló de Laclaud y señoritas Luz Diaz, Conchita Lascurain, Lolita de Teresa, Lolita Lascurain y Gertrudis Castelló, fueron las respetables damas encargadas de expender flores.



Torre Eiffel.—Compañía Cervecera de Toluca.

El salón de la fotografía era uno de los más hermosos de cuantos visitaron las familias. El aspecto era sencillo: fachada principal de un edificio moderno y en el interior una verdadera galería fotográfica, con ventanillas en el techo, sillones giratorios, cámara, salón de revelar y todos los demás accesorios correspondientes a un taller en toda forma.

Era de verse la habilidad de las hermosas discípulas de Daguerre para desempeñar el difícil trabajo. La Srita. María Teresa Limantour dirigía admirablemente las labores del taller, siempre lleno de clientes; ayudábanle las Sras. Susana Elguero de García Pimentel, Dolores F. de Rivas, Francisca G. de Algara y Sritas. María Rivas Fontecha, Rafaela García Pimentel, Elisa Sola, Ana María Algara, Lolita García Pimentel, Lolita Sola, Josefina Miner y Paz Campos.

Los productos de este puesto ascendieron a quinientos cuarenta y dos pesos, suma que pone de manifiesto el gran movimiento habida en el Salón. Hacemos notar que los gastos de instalación y cuantos se hicieron en el taller fueron erogados por los señores Valletto hermanos, en beneficio de los pobres.

El Pabellón de San Angel formaba un hermosísimo conjunto de plantas delicadas y muchas de ellas exóticas; la rica flora del Valle ostentaba allí sus más bellos productos; había araucarias, begonias, hule, tuberosas, alocasias, yonedulos, piñanonas, camelias, glisnias, lirios del Japón, cañas, palmas de la India y del desierto, eralias del Japón, oligonias, nisperos y otra inmensa variedad de plantas delicadas de todos los climas.

Las señoras Laura S. de Mariscal y Catalina Altamirano de Casasús y señoritas Laura y Carmen Mariscal, María Sierra, Margarita Quintanilla, Concha Sierra, Ana Quintanilla, Teresa del Villar y Angela Querajazu, estaban al frente de este magnífico puesto de plantas y flores.

Pasteles, sandwiches, cerveza y refrescos fueron los artículos que se encargaron de expender en el Pabellón levantado por los vecinos de Tacubaya, las Señoras Guillis de la Vega, Carrasco de Garza y González y señoritas Julia de la Vega, Amelia Rodríguez Miramón, María González Carrasco, Trinidad Soriano, María Rodríguez Miramón y María Solano.

El aspecto del salón era sencillo y de buen gusto; fuera de él se colocaron varias mesitas, confidentes y sillas austriacas que constantemente estuvieron ocupadas por los numerosos clientes.

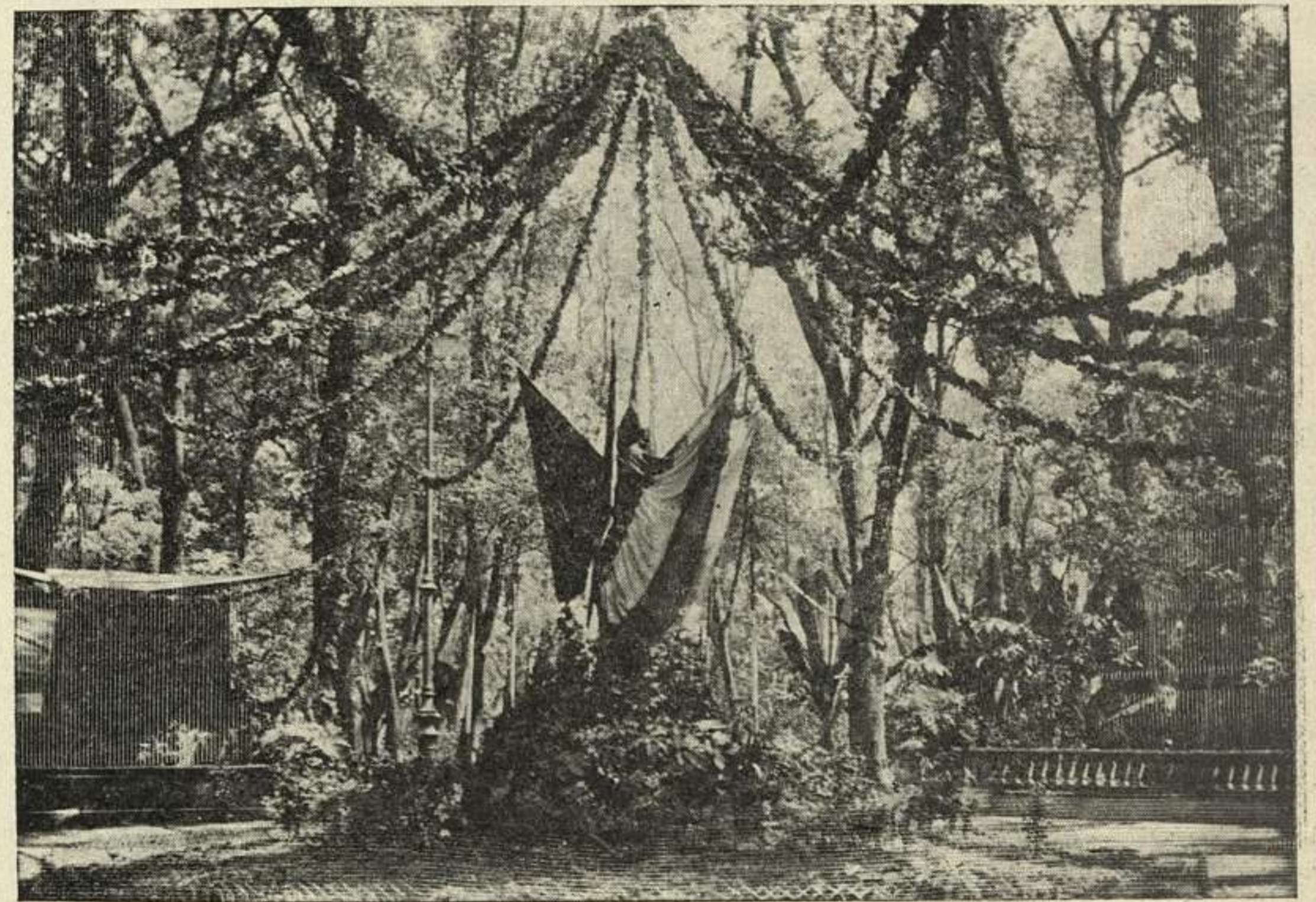
A un lado de este puesto se levantaba el volador de pedales, aparato poco conocido aunque afecta la forma de un volantín y es movido por los mismos que toman asiento en las carretillas que sostiene el grueso pié derecho del centro. Jóvenes y niños estuvieron paseando constantemente y dejaron buenos rendimientos a la Empresa.

La Tombola era un elegante salón con todas las apariencias de un almacén de chucherías y preciosos juguetes. El techo y paredes estaban cubiertos de géneros rojos; había numerosos escaparates llenos de objetos. Estuvieron al frente del pabellón las señoras María L. de Landa y Javiera B. de Landa y señoritas María y Lupe de Landa, Lupe y Josefina de Landa y Buch, María Teresa y Lolita Parada y María Elena Echeverría.

Los dulces y pasteles se vendían en una gruta ve-teada de nieve. Un globo pintado de azul y blanco se levantaba en lo alto.

En este puesto que como tenemos dicho era artístico vendía pasteles y dulces la apreciable señora Laura Formento de de la Torre, acompañada de las señoritas Emilia y Laura Fischer.

Con justicia llamó la atención de todas las personas que concurrieron a la Alameda el elegante, correcto y artístico puesto del Sr. D. Hipólito Chambon quien.



Una glorieta.

como en otras fiestas, demostró su afecto a todo lo que significa progreso y filantropía.

El puesto del Sr. Chambon estaba formado de tres arcos de madera en los que en gracioso conjunto se veían plantas finísimas, dominando la gardenia, la bugambilia y la margarita.

En artísticos enlaces se veían guías de encino y



Kiosco rústico de la Alameda.



laurel y sobre el techo del puesto, se ostentaban tres enormes mariposas multicolores.

El fondo del puesto era un gran *paneaux* formado con rebozos de seda hechos en la fábrica del Sr. Chambon

Este puesto estaba a cargo de la Sra. Victorino de Chambon, María Chambon y de Pinedo y Sritas. Trinidad Olvera. María Cisneros Cleofas Olvera.

Este puesto se vió muy concurrido porque la Sra. María Chambon de Pinedo estuvo constantemente trabajando en el telar que con dicho objeto se colocó en el interior.

Con justicia debe mencionarse como original el puesto de lechería.

Era un pequeño, pero agradable puesto, se encontraba formado rústicamente, habiéndose empleado en su construcción troncos de árboles recién cortados y el fondo del puesto como el mostrador, estaban pintados al temple figurando madera.

En este puesto expendía queso, leche, nata, mantequilla y cuajada la Sra. Des- ternes y su graciosa hija.

\*\*

Dos puestos muy simpáticos fueron ocupados por las alumnas del Hospicio.

En uno se colocaron los tejidos, las medias, calcetines y otros objetos, y en el otro se veían las maquinarias en que las alumnas trabajaban incesantemente en presencia del público, que ávido y complacido, presenciaban dichos trabajos. Estos eran flores, cajas de cartón, bonetería, tintorería, encuadernación, fotografía, rayado, bordados, deshilados, tejidos, etc.

Al pasar el Señor Presidente de la República por uno de los puestos del Hospicio, presenció minuciosamente los trabajos que en él se ejecutaban, manifestándose enteramente complacido de ellos, por lo cual felicitó á las alumnas, quienes agradecieron, como era debido las frases del Señor General Díaz.

El Sr. D. Luis Ortíz y Ortíz, Director del Hospicio, obsequió á nombre de sus educandos al Señor Gral. Díaz con un ramo de flores que acababan de confeccionar.

\*\*

En el puesto de cigarros del Buen Tono,\* trabajaron durante la fiesta algunas máquinas movidas por fuerza eléctrica.

En este puesto, que era sumamente elegante, vendían cigarros las señoras Guadalupe C de Rebollar, Concepción V de Macedo, Juana C de Sánchez y señoritas Cecilia Rebollar, Elena y Rosa Val, Manuela Roseanzweiz, Elena y Juana Sánchez y Elena Ochoa.

\*\*

Pequeño, simpático, artístico y de un gusto que nada dejó que desear por su sencillez, era el puesto donde se expendían dulces.

Estaba formado de plantas exóticas tropicales en las que se destacaban las palmeras, trepadoras, etc.

Al frente del puesto se colocaron dos grandes jardineras con plantas del mejor gusto.



RESTAURANT.

A las diez y media de la mañana, llegó el Primer Magistrado de la República. Lo acompañaban su distinguida esposa y las señoras Amada Díaz de de la Torre, Sofía Romero Rubio de Elizaga y Luisa Raigosa de Díaz.

Hicieron la recepción dos comisiones, la primera de damas, presidida por Doña María Cañas de Limantour, á quien acompañaban las señoras Formento de de la Torre y Linch de Camacho, y la otra comisión compuesta de los señores Guillermo Valletto, Sebastián Camacho, Guillermo de Landa y Escandón, Lic. Alfredo Chavero, Lic. Rafael Rebollar, Román S de Lascrain, Apolinar Castillo, Lic. Emilio Pimentel, Carlos Rivas y Lics. Ireneo y Arturo Paz.

Penetró á la Alameda el Señor Presidente por el costado Sur, calle del Pabellón Morisco en donde formaban una doble y vistosa valla los bomberos de la ciudad, luciendo sus brillantes uniformes de gala, que consisten en pantalón rojo, chaquetín azul oscuro con botones argentados y reverberantes cascós.

La llegada del Señor Presidente, que indica el preludio de la gran fiesta, la anunciaron con sus toques de atención los clarines del ejército, y las bandas militares con los acordes de nuestro Himno Nacional.

El Sr. Gral. Díaz en unión de los caballeros ya citados á quienes se unieron pocos momentos después el Señor Ministro de Comunicaciones y el General Pedro Rincón Gallardo, recorrió los puestos, uno por uno.

En la Banca adquirió un buen número de monedas de latón, troqueladas especialmente para la fiesta, inaugurando desde luego las transacciones.

Se detuvo en la glorieta central admirando la riquísima colección de labores artísticos, donadas por el bello sexo, en bien de la clase menesterosa. Visitó los pabellones en el siguiente orden: Gran acuario donde adquirió un precioso ramo que se prendió en el ojal de la levita; Tombola, Dulces, el pabellón de los Gobelinos, Cerveza, Ruleta de Monte Carlo, en donde apostó á Madrid y fué favorecido por la suerte; Industria lechera, gruta de "El Globo," é Industria Sericícola.

En este pabellón se detuvo largo rato observando el movimiento de los telares y los brillantes trabajos de seda que se ejecutaban en aquellos momentos.

Elogió al Sr. Chambón por dar una muestra palpable de su iniciativa, refiriéndose á los progresos que está alcanzando la Sericultura mexicana

Visitó á continuación los pabellones del Hospicio de Pobres, el segundo puesto de flores, el departamento de "El Buen Tono," donde compró algunas cajas de puros y cigarrillos, la Perfumería, y por último el salón de Fotografía.

Cediendo á la galante invitación de las señoritas ocupó el sillón en tanto que afocaba la cámara Lola Sola, auxiliada de María Teresa Limantour, que cubría el objetivo.

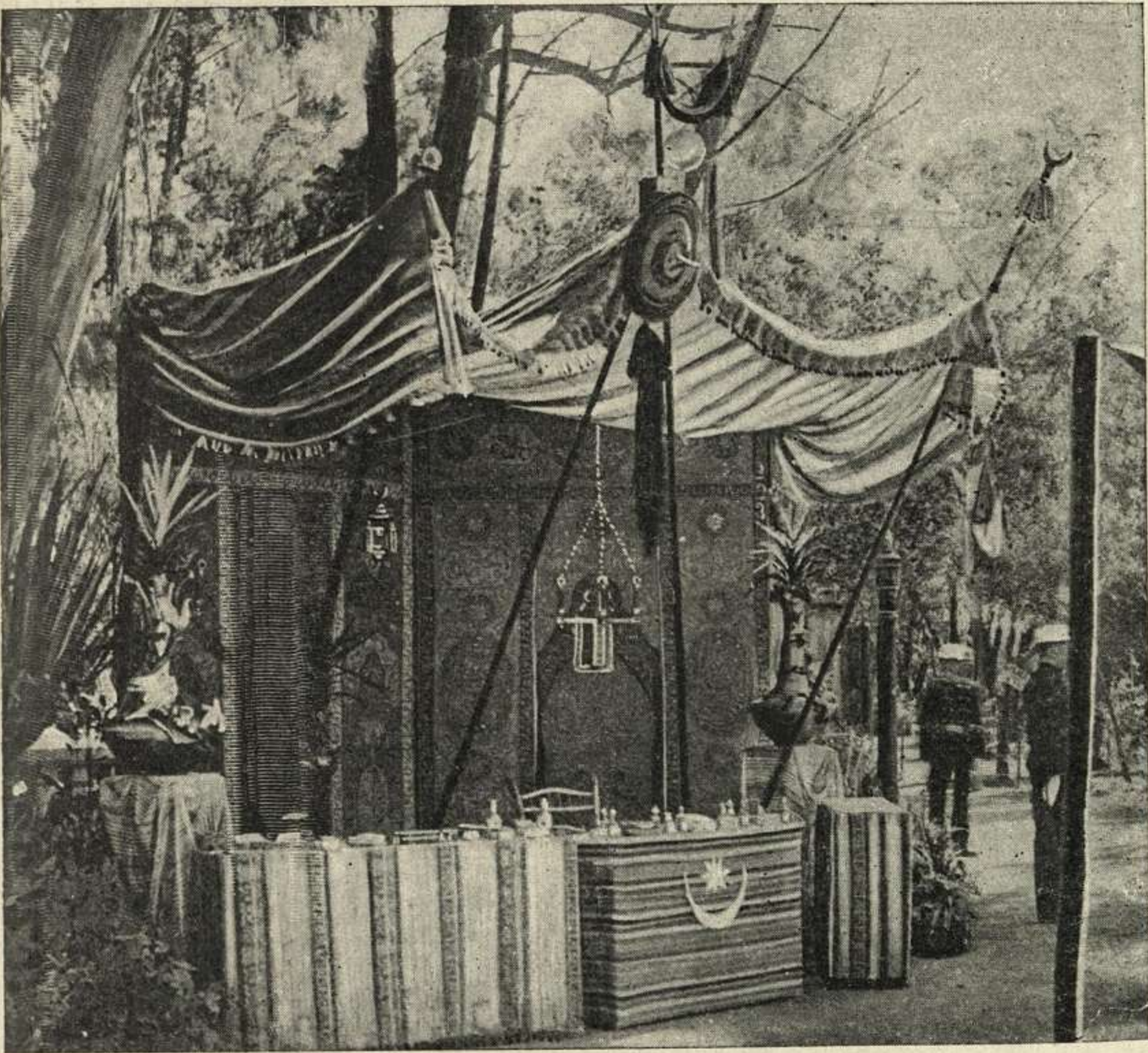
\*\*

En cada uno de los puestos que visitó la Señora Romero Rubio de Díaz hizo calurosos elogios de la elegancia y arte que se ostentaba; y después de felicitar á todas las damas por el plausible éxito del festival, hizo consumo de los artículos á la venta.

El paseo de la Señora Romero Rubio de Díaz á través de la suntuosa fiesta, fué una de las muchas manifestaciones de gran estimación que rinde la sociedad mexicana á la distinguida y virtuosa dama.

La distinguida dama llegó al departamento en que las asiladas del Hospicio de Pobres hacían sus labores manuales.

Son de tal manera notables los trabajos que en el departamento que citamos se efectuaron, que la señora Romero Rubio de Díaz hubo de detenerse allí un tiempo mayor que el que había empleado en las demás instalaciones.



Pabellón árabe de Perfumería.

En el fondo del puesto se destacaba una preciosa escultura de Venus. En este puesto, que sin disputa fué uno de los que alcanzó mayor éxito, se encontraban las Sras. Elisa Lynch de Camacho.

Fausta Juanes de Guerra, Paz Haro de Palomo, Teresa Fernández de Robalo, Carlota Hay de Rübke, y señoritas Angela O'Gorman, María González Quintanilla, Ana y María Robalo, María y Josefina Hay, Angela Zamora, Eugenia Escalante y Victoria Corona.

Al presentarse en este puesto la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz, fué obsequiada por la Sra. Lynch de Camacho con un precioso juguete de plata y cristal conteniendo dulces.

\*\*

Muy atractivo era el puesto rústico de licores en el que sobre la madera se veía en consorcio agradable la bugambilia y la gardenia.

En este puesto se encontraban las Sra. Clarck y la Srita. Carlota Pliffs y Sritas. Clayton.

\*\*

El puesto de soda era elegante y vistoso, ostentaba una gran ornamentación floral, dominando el color rosa; fondo de dos gobelinos, ricos tapices, un gran espejo, labores chinas y dos frondosas araucarias.

Hacían las ventas las señoras Guadalupe Cuevas de Mier, Juana C. de Portilla, Paz Rincón de Barron, Josefa F. de Algara, Guadalupe Terreros de Algara, señoritas Ana y Dolores Rubio Obregón, Carmen Rincón Gallardo, Guadalupe Mier, niñas Elena Portilla, Elena Mier y Luz Cortina.

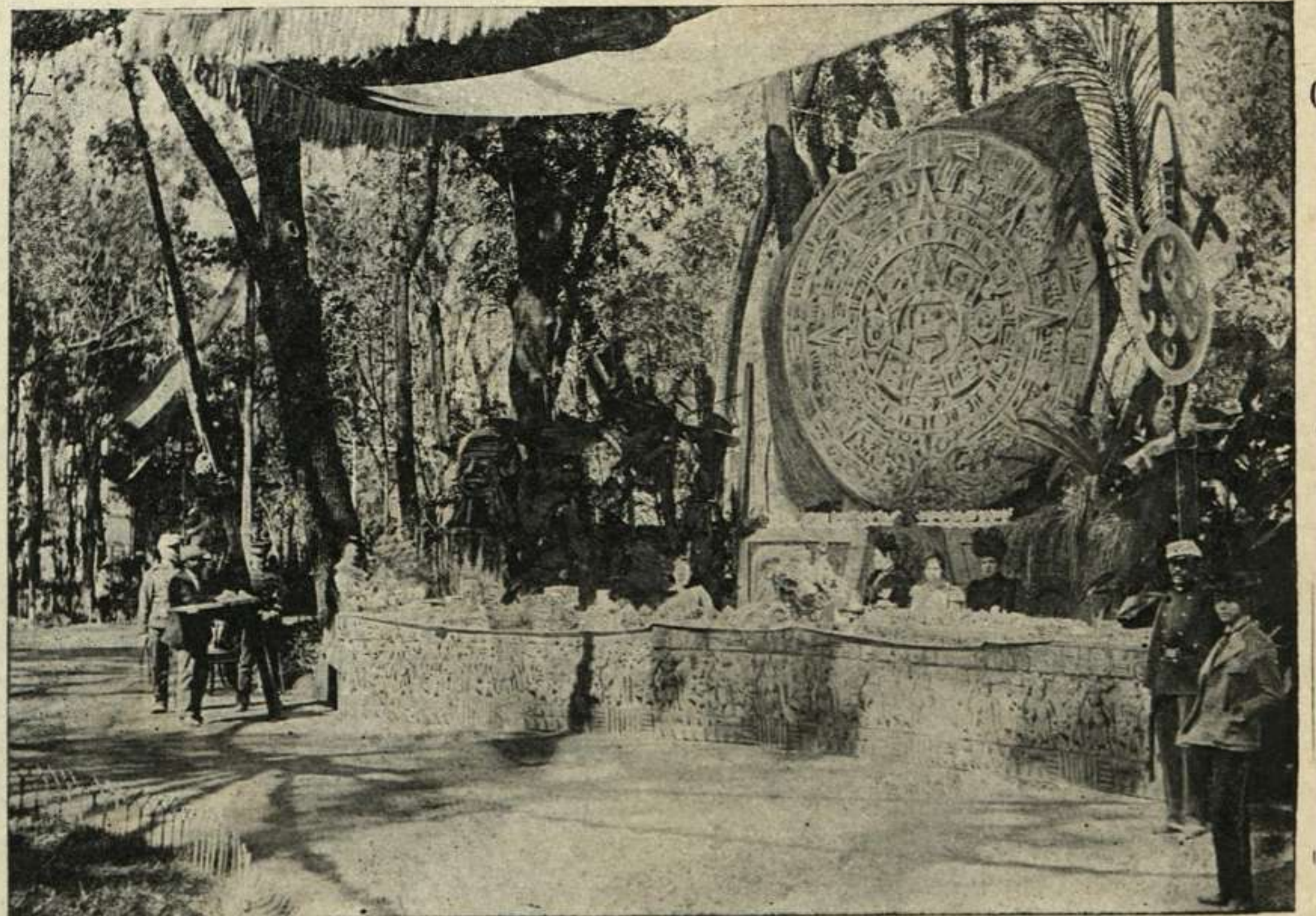
\*\*

Magnífica la instalación de la casa Labadie Sucs. Todo revelaba estudio, gusto y esplendor.

La media luna de los mahometanos y una ornamentación con sus tibores, flores exóticas y telas orientales, daban carácter, y carácter acentuado, al lugar ocupado por este puesto.

Las damas que lo atendieron, eran las señoras Angela González Buch de Ituarte, Ana Algara de Cuevas, Cristina G. Cortina de Alvarez Rul, Concepción Tornel de Suinaga y señoritas María Algara, Amalia Diaz, Encarnación Collado, María y Matilde Ituarte, María Garamendi y Concepción Suinaga.

A la entrada de la Alameda, al lado izquierdo, se improvisó un restaurant y cantina, adornados con gusto y servidos con prontitud, donde estuvieron infinidad de familias durante el gran festival.



Pabellón Azteca.—Venta de dulces.





Orquesta típica "Carmelita."

A las señoritas del Hospicio fueles sumamento grata la distinción con que las honró la Señora Romero Rubio de Díaz y el público que presenciaba tal distinción, vió toda la altura de ella y la estimó en su valor justísimo.

La distinguida dama en medio de aquellos seres débiles, pero felizmente defendidos de las crueldades de la vida por la poderosa mano de una caridad noble, era un cuadro digno de la prosapia moral de la dama y de la altura de miras de la fiesta en que se hallaba.

La Señora Romero Rubio de Díaz recibió algunos regalos de las señoras y señoritas encargadas de los departamentos, y entre esos regalos está uno de la instalación de tejidos de seda, que la dama elogió con frases muy satisfactorias.

Al visitar la Señora Romero Rubio de Díaz el Pabellón de Sericultura, le fué obsequiado por la Señora Victorine de Chambon, un magnífico rebozo de seda, blanco y oro á listas, con un rapacejo que era una verdadera filigrana.

Estaba guardada tan primorosa prenda, dentro de una caja encojinada de seda roja en su interior y con forros de terciopelo blanco con broche de oro.

Se leía esta inscripción: "Carmen R. de Díaz.

El rebozo, admirablemente tejido, llamó la atención de todos los que lo vieron.

\*\*

En el costado Oriente de la Alameda, se levantó un pequeño teatro. El foro, bastante amplio, tenía nueve metros de altura.

La arcada, pintada al temple, ostentaban alegorías musicales y cuatro columnatas de orden toscano.

El remate lo formaba un soberbio timpano con una gran lira en el centro, cruzada por una palma.

La decoración del fondo representaba una alameda con los tonos del crepúsculo matutino.

El improvisado salón, cubierto por una extensa lona, contenía 400 sillas.

La presentación de la orquesta típica «Carmelita» era un poderoso atractivo, pues sabido es cuántos triunfos ha llegado á conquistar desde su presentación, y cuáles los progresos que está realizando con aplausos de los inteligentes.

El conjunto de esta celebrada orquesta es notable,

como notable en su dirección encomendada al profesor Don Apolonio Arias.

Forman este simpático grupo musical una pléyade de hermosas señoritas:

He aquí sus nombres:

*Mandolinas.*—Beatriz Arenal, Ignacia Marchena, Lucrecia Arenal, Guadalupe Lombardo, Rebeca Purón, Josefina y Mercedes Hinostrosa, Luisa Thompson y Clotilde Ruiz.

*Violines.*—Emilia Dalhause, Dolores Guerrero, Enriqueta Arenal, Guadalupe Varela y Luz Flores.

A las once de la mañana se efectuó el primer concierto.

Un aplauso cariñoso saludó á las jóvenes que vestían vaporosos trajes de gasa blanca, semejando una parvada de palomas estacionadas en un risueño jardín.

Tocaron con verdadera maestría, la Obertura de Thomas, "Raymond" y la doliente "Serenata de Schubert" y la danza "El Amor y la Vida."

Una tempestad de aplausos premió la bella labor de las ejecutantes.

Hubo un pequeño intermedio.

Apareció la señorita María Rosales y recitó un monólogo del señor Eduardo Noriega. María Rosales artista de corazón, Triunfó y arrebató el aplauso.

No tuvo menos atractivos el segundo concierto que comenzó á las doce y media.

La balada de la ópera "Il Guarany" puede considerarse como de prueba para las buenas artistas, fué cantada por la señorita Esperanza Dimarias, que es una esperanza del arte.

Reune á su propia aspiración y á su hermosura, una buena escuela de canto y una voz cautivadora de soprano.

La señorita Dimarias es discípula de la hábil profesora Concepción Ruiz, que la presenta con orgullo en las audiencias extraordinarias.

La orquesta típica "Carmelita" volvió á deleitar, tocando la conocida marsurka del gran alemán Waldteufel, "Bellas;" el Ave Maria de "Otello," los "Aires Nacionales" y el danczón "El Charro."

Terminada la simpática fiesta se hizo balance general de los productos obtenidos. La Banca, hasta la una de la tarde, recaudó cerca de cinco mil pesos; el Monte Carlo, donde se estableció el juego de ferrocarril produjo más de quinientos pesos; la cervecería arrojó cerca de quinientos pesos, debiéndose observar que sus productos no fueron mayores, debido al tiempo frío que hizo toda la mañana y las rachas de viento que causaron molestias á los concurrentes durante la tarde.



Industria sericícola.—Hipólito Chambon y esposa.

*Violoncellos.*—Rita Pérez de León, Agustina Palacios Castro y Virginia Moreno.

*Contrabajo.*—Paz Varela.

*Salterios.*—Julia Irigoyen y María Piza.

*Arpas.*—Guadalupe Vallejo y Adela García Flores.

*Guitarras.*—Artemisa Elizondo y Severiana Moreno.

*Hueros.*—Niñas Anita Thompson y Sara Pérez de León.

rachas de viento que causaron molestias á los concurrentes durante la tarde.

Todas las fotografías fueron tomadas directamente para EL MUNDO.



Exposición de donativos de las damas mexicanas.



## MEDIOEVAL

Yo la vi por la blanca luna envuelta.....  
la gótica ventana le servía  
de tosco marco á su estatura esbelta,  
y la flotante cabellera suelta  
en torno de sus hombros descendía.

Triunfal vibró la música lejana;  
clamaron al cruzarse los aceros;  
y sonriendo miró la castellana  
el reñir de dos nobles caballeros.

Uno cayó por fin; el otro herido  
asiéndose al caer á una cornisa  
alzó la vista, la miró rendido;  
y cuando ella le vió también caído.....  
lanzó á los aires su vibrante risa.

MIGUEL E. PEREYRA.

## DE "ACUARELAS"

Inmóvil, y de pié sobre cubierta,  
Colón, la testa erguida  
y la mirada alerta,  
explora el mar, que cubre ya la bruma,  
y del que, como Venus de la espuma,  
ha de surgir la tierra prometida.

Va á fenecer la luz, la noche avanza,  
y el sol, como en un lecho soberano,  
se muestra en el confín del oceano,  
en una esplendorosa lontananza.

Sobre el dorado azul del firmamento,  
una nube de nácar y amatistas  
finge un barco que, en caudo movimiento,  
se encamina, empujado por el viento,  
al país de unas playas nunca vistas.....

Colón medita, contemplando á solas  
la caída del sol que, al fin, se apaga  
al hundirse en el seno de las olas  
de la mar, como un barco que naufraga.

Súbito, triste murmuró: «Tres días!.....

«¿Al cabo de ellos—como al sol ahora—  
«sorberá el mar las esperanzas mías,  
«y al viejo mundo volveré la proa?»

«¿Acaso porque está la fé perdida,  
«y muerta la esperanza en los que guío,  
«tampoco yo, Dios mío,

«he de tocar la tierra prometida?».....

Y prosiguió: «¿No es Dios quien tras la ignota  
«tier a mi barco impele? ¿luchó en vano  
«contra el furor de mi fortuna adversa?».....

Y cayó de sus ojos una gota  
de llanto, que sorbió del oceano  
la onda azul, murmuradora y tersa!

Luego agregó temblando: «¿Y si no existe  
«esa hermosa región más que en mi mente?».....  
«mas con enojo sacudió la frente  
para arrojar el pensamiento triste!

Y exclamó entonces: «Si m'ntió la ciencia,  
«será la fé mi salvación! ¡Dios mismo,  
«que me ha hecho soñar en su existencia  
«la hará surgir del fondo del abismo!»

## II

Desplegadas las velas,  
y huyendo los peligros al tanteo;  
allá van, con ligero balanceo,  
sobre el dormido mar las carabelas.

Dejan las naves hervorosos rastros,  
los vientos rumorosos cuchichean,  
y en las diáfanas olas cabrillean  
las miradas trementes de los astros.

Colón de pié sobre cubierta, alzada  
la faz, que baña resplandor escaso,  
hunde serenamente la mirada  
en la infinita sombra del ocaso.

Media la noche. Quedos y suaves  
se oyen los ecos de la mar, que agita  
sus olas, mansamente;  
¡Y reina en tanto, á bordo de las naves  
ansiedad infinita.

Y un silencio supremo.....!

¡De repente  
cae de hinojos Colón!... ¡temblando nombra  
á su Dios!... ¡y señala con la mano  
una luz que, en un punto no lejano  
agujeró la sombra!.....

«¿Es sueño? dice, y luego: ¡Nó! ¡Menguada

«fé de mi corazón!... ¡Duda traidora,

«vete lejos de mí! ¡Reconcentrada

«tengo toda mi alma en la mirada!

«¡Nunca he visto mejor que como ahora!»

Y ante la luz que su ventura labra,

tras de un éxtasis mudo,

terminó temblorosa la palabra:

«Luz!... ¡tierral!.....salvación!... ¡yo te saludo!

## III

De ámbar el oriente se colora,  
bullen las aguas con rumor sonoro,  
y tiemblan los destellos de la aurora  
sobre las linfas de color de oro.

Y á través de las brumas  
se ven, del orto azul á los albores,

estallar, en vivísimos colores,  
las olas que empenachan las espumas.

Velado aún el occidente se halla  
por la gran dispersión de las reblinas,  
que huyen de las luces ambarinas  
de la aurora triunfal.

De pronto estalla  
el cañón.....¡Oh ventura  
sin igual! ¡es la seña convenida!  
¡Allá se ve una cinta de verdural!  
¡El umbral de la tierra prometida!.....

Y ante el paisaje que limita y cierra,  
al fin, el horizonte de las olas;  
de las tres carabelas españolas  
surgió este grito delirante: «¡Tierral!»

Colón en pie, la frente levantada,  
ya no mira el ocaso, con anhelo:  
¡hunde, como arrobado, la mirada  
en la infinita esplendidez del cielo!

¡El supremo placer su faz desnuda!  
¡llanto de gratitud nubla sus ojos,  
y le inunda corriendo las mejillas!

¡Y á sus plantas, la duda  
ha caído de hinojos,  
y le abraza, llorando, las rodillas!

JOSÉ BECERRA.

## VIEJOS ROMANTICISMOS

## EVOCACIONES

Hay un papel entre mis versos, mudo  
complice del recuerdo que me asalta;  
lo abro temblando, á la memoria ayudo,  
y en el silencio de mi hogar desnudo  
me pongo á meditar sobre tu falta.

Mi espíritu cansado emprende el viaje,  
y libre del afán que lo consume,  
vuela al pasado para ver su traje,  
besar su falda de crujiente encaje  
y embriagarse, otra vez, con su perfume.

El labio tiembla entonces y te nombra,  
y vuelvo á verme en la risueña estancia:  
las cortinas de tul, la roja alfombra,  
y derramando entre la grata sombra,  
mi regalo de flores su fragancia.

El piano abierto: en el atril alguna  
romanza que cantaste en la mañana;  
el tibio ambiente que á la luz se aduna,  
y el tembloroso rayo de la luna  
prendido en el cristal de la ventana.

¿Qué viento de armonías celestiales,  
de músicas y besos, suena en torno?  
De mi lámpara, en grupos desiguales,  
asciende el humo en blancas espirales  
y dibuja en la sombra tu contorno....

... Allí estás; sueño mío; no te escondas  
que ya mis ilusiones vuelan francas;  
del pecho surgen en lumíneas ondas  
tal como surgen de las verdes frondas  
ebrias de miel las mariposas blancas.

No te escondas: que ya mis alegrías  
son flores que abren el cerrado broche;  
derrama luz sobre las sombras mías  
y déjame decir como Tobias:  
Hay un ángel ea medio de mi noche!

LUIS G. URBINA.





## EL FINAL DE "UN IDILIO TRAGICO"

Hacia una de esas noches de primavera provenzal, en que la naturaleza entera es una embriaguez de voluptuosidad. Por encima de las cercas del jardín llegaban hasta Pedro los aromas de las flores. Una brisa suave removía los oscuros follajes de los árboles, lo bastante para dar al paisaje una especie de vida extática y soñolienta, y el firmamento palpitaba de estrellas. Un delgado cuarto de luna rasgaba las tinieblas, sin tener fuerza para iluminarlas, y un inmenso misterio flotaba en el silencioso cuadro. ¡Qué noche para encaminarse hacia su amada, con todos los

plio silencio de la noche, y lejos, muy lejos, los ladridos de un perro, en alguna casa aislada. Se dijo: «He soñado,» y se dejó deslizar, sosteniéndose con las manos: luego, caer. La altura era de más de tres metros. Tuvo la suerte de que la tierra, floja en este lugar, amortiguase su caída, y se dirigió hacia la casa. Algunos minutos más tarde, se encontraba á la puerta del invernadero, que empujaba suavemente, y la mano de Ely se apoderaba de la suya... ¡Qué grande era su emoción! ¿Pero cuál habría sido si hubiera sabido que su pánico no lo había engañado, que realmente unos pasos habían seguido los suyos, desde que abandonó el hotel, y que el testigo cuya presencia había sentido en la sombra, tan próximo á él, hasta el momento que comenzó á correr no era otro que Oliverio?

La casa se alzaba, impenetrable, silenciosa, con el misterio de su masa, negra á trechos, blanca á otros, en donde reflejaba la luz eléctrica. El mismo amplio silencio de la noche que Pedro había escuchado desde lo alto del muro, interrumpido por lejanos ladridos, continuaba envolviendo la campiña, y los árboles seguían estremeciéndose, las flores exhalando sus perfumes y las estrellas palpitando; y Oliverio permanecía inmóvil, á orillas del jardín, en el lugar en que se había ocultado para no ser visto por su amigo. Su dolor, en aquel momento, no era de los que

nuto supremo? Las grandes decepciones del corazón tienen estos desprendimientos. Ante ciertos golpes inesperados, no se lucha, no se queja. Si Pedro había en realidad concebido y aceptado la idea de faltar al juramento que ambos habían hecho ¿qué reproche dirigirle, y con qué objeto? ¿con qué objeto?... Y apoyado en la ventana abierta, haciendo un llamamiento á su dignidad de hombre, para no ir á llamar á la puerta de su amigo, Oliverio murmuró todavía por mucho tiempo. «Es imposible,» hasta el segundo en que creyó ver la silueta de Pedro atravesando el jardín del hotel. Esta vez no se dominó. Le fué preciso bajar, preguntar al portero. Este le informó, en efecto, que Pedro acababa de salir. Algunos instantes después, se lanzaba, él también, en dirección de la villa Helmholtz. Había distinguido á su amigo. Lo siguió, lo vió volverse, escuchar, emprender de nuevo el camino... Cuando Pedro estuvo á punto de penetrar en el jardín, Oliverio no pudo contener un paso hacia adelante: fué el momento en que Pedro lo oyó. Oliverio se refugió en la sombra: el otro pasó á su lado, casi lo había rozado, y se lanzó corriendo, sin duda hacia alguna otra entrada que conocía. Oliverio dejó de seguirlo.

Se sentó sobre el talud, y allí abandonose á una desesperación en la que se resumían, en la que se agrupaban todas las tristezas experimentadas durante aquellas dos semanas. No ignoraba que en este mismo minuto, en esta casa silenciosa, cerca de él, Ely y Pedro se encontraban juntos. Sabía que se perdonarían, que se amarían, y esta idea le causaba un dolor tan agudo, que lo dejaba paralizado en el mismo sitio. Un amor apasionado por esta mujer, el sentimiento de que su amigo, ese amigo tan querido, había pasado por encima de él para ir hacia ella, el mortal estremecimiento de los celos y la amargura de la traición; tantas inexplicables emociones lo hacían vacilar. Acabó, por tenderse, á lo largo, sobre la tierra fría, sobre esta tierra que nos cubrirá á todos algún día y cuyo peso, al sepultarnos, sepultará también las insufribles rebeldías del corazón. Y yacía allí, con los brazos extendidos, el rostro en la yerba, como un cadáver, deseoso de morir, de irse, de no amar más á esta mujer, de no volver á ver más á su amigo, de no sentirse-

éxtasis en el corazón, con todos los besos en los labios, y en las venas con todas las fiebres de la felicidad presentida. Pedro, sin embargo, á medida que se aproximaba al lugar de la cita, experimentaba una inexplicable tristeza. Al realizar este acto, se juzgaba tan culpable que se sentía agobiado. Y lo realizaba, no obstante. Iba. El filtro que había penetrado en sus venas con las palabras de la carta, seguía dominando su voluntad vencida. Iba, pero el contraste entre esta excursión clandestina y vergonzosa hacia una mujer á la que despreciaba, se parecía tan poco á sus entradas de otras veces en esta misma villa, por este mismo camino, férvidas como una peregrinación!... ¿Y Oliverio? ¡Dios mío! Si Oliverio lo viese ahora, este Oliverio á quien traicionaba tan cruelmente!... Tal era la tensión de todo su sér, sacudido por el doble estremecimiento de los remordimientos y del amor, que los más leves rumores lo sobresaltaban. En torno suyo, las formas de las cosas tomaban aspectos amenazadores y fantásticos. Su corazón palpitaba, sus nervios se estremecían, tenía miedo. Le pareció que unos pasos le seguían y se detuvo á escuchar. En cierto momento, cuando se preparaba á franquear las tapias del jardín de Ely, la sensación de que lo seguían fué tan fuerte, que retrocedió, explorando el camino, los matorrales, los montones de piedras, evitando, como un ladrón, la gran estela luminosa que proyectaba un foco de luz eléctrica colocado en un montante de la verja. Sus pesquisas no le pusieron en descubierto nada sospechoso. Pero la emoción había sido tan violenta, que temió deslizarse por el mismo sitio, muy accesible, demasiado al descubierto. Se puso á correr, como si realmente fuese perseguido, al rededor del pequeño lago que prolongaba el jardín de la villa hacia arriba. Un muro bastante elevado cerraba todo un pedazo. Lo escaló, ayudándose con las ramas de una encina que crecía al pié. Por un instante, oculto en el vestimento de ladrillos en que terminaba la pared, escuchó de nuevo. No oyó sino el ruido de la brisa, el murmullo del follaje cercano, el am-

impulsan al movimiento.—Desde que advirtió el rostro de Pedro, á la hora de la comida, en la mesa, aquel rostro trastornado, aquellos ojos brillantes, aquella boca palpitante, todo le había revelado que ocurría algo nuevo. Estaba cansado de tantas luchas, cansado de tropezar siempre, en su corazón ó en el de su amigo, con tantas miserias!... Y además, ¿qué preguntarle, después de su conversación de la víspera? ¿Había callado?... ¿Con qué objeto lastimarse todavía el uno al otro?... Más tarde, ante la agitación creciente de Hautefeuille, se despertó su desconfianza. Se dijo: «Ella le ha escrito, dándole una cita»... Ah no! En la situación en que se encontraban uno frente al otro, recibir una carta de Ely, leerla y no hablar de ella, era de parte de Pedro un crimen de amistad que jamás cometería. Oliverio se había esforzado en demostrarse la locura de esta sospecha. Luego, la ostensible fiebre de su amigo se apoderó de él. Sintió, en su apretón de manos, cuando en la noche se separaron, que la traición estaba cerca, cierta, ya realizada. ¿Por qué no le dijo nada en ese mi-





existir, de dormir, en fin, un sueño sin ideas, sin recuerdos, un sueño en el que Ely y Pedro serían para él como si no hubiesen existido!

¿Cuánto tiempo permaneció así, con el rostro contra la tierra, presa de este dolor total, irremediable, que acaba por apaciguarnos el alma á fuerza de agotarla? Un ruido de voces que oyó detrás de la cerca que lo separaba del jardín, lo despertó bruscamente de este éxtasis de dolor en que había caído. Unos hombres caminaban sin luz, midiendo sus pasos, ahogando sus pala-

das! Oliverio la miraba con ojos fijos, con un ardor extraño. ¡Cómo hubiera querido traspasar las paredes, y penetrar en espíritu; *aparecerse* á aquel por quien arriesgaba su vida! . . . ¡Ay! habría conservado el valor de su martirio si hubiese realmente visto la habitación de Ely, tal como se encontraba en este momento y á la luz velada de un globo rosado la cabeza de ella junto á la de Pedro, y el hermoso brazo desnudo de la joven ciñéndose al cuello del joven y diciéndole:

en la villa. . . . Debe tener dos ó tres balas en el cuerpo. Lo estamos buscando, pero no te preocupes. *No volverá más.* Laubach ha tirado casi á boca de jarro. . . .

Ely cerró la ventana. Cuando entró á la pieza, vió á Pedro muy pálido, con las manos temblorosas.

—No te irás, le dijo. El jardín está lleno de gente.

—Es necesario que me vaya, replicó él. Es Oliverio sobre quien han descargado. . . .

—¿Sobre él? exclamó ella. ¿Estás loco?

—Sobre él, replicó Pedro con singular energía; sobre él, á quien han confundido conmigo. Me ha visto. Me siguió. El era aquel cuyos pasos oí. . . .

—No, no quiero que te vayas, prorrumpió Ely, y se puso delante de la puerta. No, te lo ruego; espera. No era él, no era tal vez él. . . . Te van á matar. Te lo suplico, amor mio, no salgas, no te vayas. . . . —El la apartó casi brutalmente, repitiendo: ¡Déjame! ¡Déjame! sin una mirada, sin una palabra de despedida. Ya estaba en la parte baja de la escalera, en el invernadero, en el jardín, y Ely no había tenido fuerzas para moverse. Permanecía apoyada en la pared, contra la que él la había arrojado, con la cabeza inclinada, escuchando, con una angustia que rayaba en la locura. . . . Pero ninguna nueva detonación volvióse á oír. Pedro no encontró ni al príncipe ni á su gente, ocupados en buscar las huellas del primer fugitivo.

—Ah! gimió Ely, está en salvo. . . . con tal que el otro también lo esté. . . .

Como se ve, el terror de Pedro se había apoderado de ella. Sí, el desconocido sobre quien habían tirado, podía muy bien ser Oliverio. En el acento del príncipe, no cabía engaño. No se trataba de un ladrón. Su marido había sabido que recibía á un amante, y tendió un lazo. ¿Pero quien tomó el puesto de Pedro? Por vez primera, después de muchos años, esta mujer de un espíritu tan libre, tan penetrado de fatalismo y de nihilismo, tuvo un movimiento hacia un auxilio de lo Alto. El terror de lo que entreveía si en realidad ella y Pedro habían causado el asesinato de aquel hombre de quien ella había sido la amante y él el único amigo,—la trastornó de tal modo que cayó sobre las rodillas, y oró porque este castigo les fuese apartado á los tres. . . . Oración vana, tan vana como la loca carrera de su cómplice, que se precipitaba á lo largo del camino, deteniéndose por momentos para gritar: ¡Oliverio! Nadie respondía á este nombre. Por último llegó al hotel. Iba á saber si no había sido juguete de un horrible sueño. ¡Cómo se quedó cuando el portero contestó á su interrogación:



bras. Llegaron tan cerca de Oliverio que éste los habría tocado si se hubiese puesto en pié.

—Por allí es por donde ha entrado y salido las otras noches, monseñor, decía una de estas voces, susurrante, casi imperceptible; por allí saldrá; estamos ciertos de que no se nos escapará. . . .

—¿Y está usted también cierto de que ninguno de sus hombres sospecha la verdad? respondió otra voz, ésta apenas disfrazada.

—Ninguno, monseñor; todos creerán que tiran sobre un ladrón.

—Señor de Laubach, exclamó una tercera voz, el jardinero acaba de decirme que la puerta del invernadero está abierta. . . .

—Voy á ver, respondió la primera voz, en tanto que la voz imperiosa lanzaba un *Verfluchter Esel!* Este juramento manifestaba cuánto descontentaban al organizador de esta emboscada estos detalles de vigilancia. . . . ¿Una emboscada? . . . ¿Dirigida contra quién? . . . Sabiendo todo lo que sabía, Oliverio no tuvo un minuto de duda: el archiduque estaba enterado de que un hombre se encontraba con su mujer, y preparaba su venganza. Deseaba una venganza anónima, como lo atestiguaba la pregunta que había hecho á su ayudante, y luego el movimiento de cólera contra el «maldito bruto» que había aludido á la puerta del invernadero. Era necesario que el amante fuese matado como un malhechor vulgar, «para salvar el honor de Ely», pensó Oliverio, que se enderezaba ahora, y con la cabeza inclinada, oía las voces que se alejaban. El archiduque y su ayudante acababan, sin duda, de hacer rodear el jardín: Pedro estaba perdido.

¡Pedro, perdido! . . . Oliverio se levantó del todo. La posibilidad de salvar á este amigo al que tanto había querido, acababa de representarsele. Si él penetrase en el jardín, sin ser visto, si se deslizara hasta la puerta de este invernadero de la que uno de los acechadores había hablado y por donde debería indudablemente salir aquel á quien se quería matar! . . . Si emprendiera después la fuga, precipitadamente, de modo que hiciera creer que salía de la villa! . . . La idea de esta sustitución y de este sacrificio se apoderó con una fuerza irresistible de este desgraciado, que tanto acababa de desear la muerte. Arrastrándose en la sombra, franqueó á su vez el mismo lugar casi por donde el otro había pasado, y comenzó á caminar en línea recta, hacia la villa. . . . Esta se alzaba, siempre silenciosa, siempre adormecida, sin que un hilo de luz surgiera de los intersticios de las ventanas cerra-

—Sino hubieses venido, creo que habría muerto esta noche, de dolor, de amor. . . . Pero sabía que vendrías, sabía que me perdonarías. . . . Cuando toqué tu mano, sin verte, todos mis dolores se desvanecieron. . . . Y sin embargo, qué dura era tu voz, al principio. ¡Qué crueles palabras has podido pronunciar! ¡Cuánto me has hecho sufrir! . . . Pero ya todo se olvidó! Dime que ya todo se olvidó, puesto que me tienes en tus brazos, puesto que sabes que te amo, y que tú no has dejado de amarme. . . . Dime que me quieres. . . . Vuélveme á decir que me quieres, como allá en aquel barco, cuando oíamos suspirar al Océano! ¿Te acuerdas?

Y sus ojos buscaban los de su amante para encontrar lo que tanto había expresado en su carta esta claridad de la dicha absoluta, que ya no brillaba en ellos. En el fondo había una idea fija de tristeza y de remordimiento. Iba muy pronto á cambiarse en una idea de espanto. En los momentos en que, más tierna, más cariñosa, más impregnada de amor, la boca de Ely oprimía los párpados del joven, para arrojar de allí la melancolía, estalló una detonación en el jardín, luego dos, tres, tiro tras tiro, y un grito desgarró el aire. . . . Después, nada. Un silencio terrible había sucedido. Los dos amantes se miraron. Una misma idea venía á atravesar sus cerazones.

—Ocúltate, dijo Ely, voy á saber. . . . Y tomando la lámpara se dirigió hacia la ventana, la abrió, y con voz fuerte: ¿Quién está ahí? ¿Qué sucede, gritó.

—Tranquilízate, amiga mía, contestó una voz, la del archiduque, cuya horrible ironía la hizo estremecer: fué un ladrón que quiso introducirse





—El señor del Prat? Salió poco después de usted.

—¿Y no preguntó si yo había salido?

—Sí señor. Y no sé cómo no lo encontró usted, porque tomó exactamente la misma dirección...

Así, ninguno de sus presentimientos lo había engañado. Era Oliverio quien lo había seguido, era Oliverio quien fué sorprendido en el jardín. ¿Estaba muerto? ¿Estaba herido? ¿En dónde estaba? Toda la noche, Hautefeuille erró de uno á otro extremo del camino, registrando los fosos, las cercas, las piedras, palpando los árboles, el suelo, regresando al hotel y saliendo de nuevo. En la mañana, cuando, literalmente como un loco, volvía de estas inútiles pesquisas, encontró, en una encrucijada, dirigiéndose hacia Cannes, por otro camino, á dos jardineros que conducían una carreta, y en esta carreta yacía la forma de un cuerpo humano. Se acercó y reconoció á su amigo. Dos balas habían atravesado el pecho de Oliverio. En su rostro, impregnado de arena, se leía una infinita tristeza. A juzgar por el sitio en que lo encontraron los jardineros, había caminado una media hora después de su herida. Luego le faltaron las fuerzas, y se desvaneció, debiendo morir, sin volver al conocimiento,



de una hemorragia provocada por la herida y por la marcha.

¿Adónde van los muertos, nuestros muertos?

do darle una señal, solamente de su existencia. Hay entre los dos vivos un muerto, que nunca, nunca desaparecerá.—PAUL BOURGET.

Aquellos á quienes amamos y nos amaron, aquellos con quienes fuimos tiernos, compasivos, buenos, aquellos con quienes hemos cometido faltas que no fueron expiadas, aquellos que partieron sin que sepamos si nos perdonaron. ¿se han separado por siempre de nosotros? O bien ¿vuelven á vivir á nuestro lado, con una vida que se escapa á nuestros torpes sentidos, con esta vida confusa, misteriosa y temible que la piedad antigua atribuía á los Manes? ¿Hay muertos indulgentes y protectores en torno de nuestra debilidad? Muertos irritados y vengadores que no nos permiten ser dichosos nunca más? Entre este mundo y el otro, no podemos comprender si existe un lazo, ni admitir una definitiva ruptura. Que esta presencia de los muertos, invisible al rededor de nuestra vida terrestre, sea un sueño ó una realidad, lo cierto es que jamás! después de esta noche horrible, Ely no podido ver á Pedro, ni escribirle. Cuando ha querido tomar la pluma para aproximarse á él, siempre algo se lo ha impedido; y este algo ha detenido siempre á Pedro, cuando ha deseado darle una señal, solamente de su existencia.

## POR QUE COMETI AQUEL CRIMEN.

Como el estío estaba ya muy avanzado, mi amigo Kariste, que era un neurótico muy impresionable y muy rico, decidió hacer un viaje á Italia y llevarme consigo. ¡Un viaje á Italia! Eso había sido mi idea fija, el ensueño de todas mis horas, el objeto de mi vida. Acepté con entusiasmo su invitación y fui á hacer mis preparativos de marcha: vender algunos objetos para sacar del empeño otros más necesarios, eso era lo principal. Digo, sin contar la enojosa tarea de despedirme de Isidora, mi amable compañera de hogar, en otro tiempo no lejano bella como un ángel y ahora triste y melancólica como una azucena marchita.

Después de comprar por encargo de Kariste, nuestros trajes de camino y todos los objetos necesarios para un viaje de cuatro meses, me armé de resolución y me presenté ante Isidora. Cada día se agotaba más; era como una bujía que arde, y arde y se tiene que consumir sin remedio. Sus opulentos cabellos rubios iban tomando esos tonos terrosos y esa aspereza del pelo de los animales enfermos, sus labios secos y morados tenían una perpetua contracción de dolor y solamente sus ojos, sus magníficos y asombrosos ojos negros coronados de pestañas de oro, brillaban con el brillo que tienen las estrellas en la madrugada.

Me conmoví al verla, pero mi emoción duró poco y no pudo vencer el disgusto, el piadoso y compasivo disgusto que sentía yo en presencia de esta enferma de amor que se iba extinguiendo lentamente. Muy alto hablaba en mi conciencia la convicción de que yo era la medicina que necesitaba aquella infeliz para durar algunos años más ó acaso para volver á la salud y la alegría, pero no me resignaba á venir á pasar con ella muchas horas todos los días, hacerle versos como antes, jugar con sus cabellos y adormecerla cerrándole los ojos con mis besos.

No: imposible! Mi vida, mi aliento, mi placer, estaban en la redacción, punto de cita de mis más espirituales amigos, en el Casino, en los bastidores del teatro, en los restaurants donde se cena, siempre bien acompañado, á las altas horas de la noche.....

Tan pronto como entré á su cuarto, cuarto de enferma, impregnado de un fuerte olor á drogas de botica, me dirigió una mirada tal, que me llegó á lo profundo y me reproché la crueldad de mi conducta para con esta pobre criatura á quien seduje y arranqué

del hogar honrado de sus padres y á quien trataba de abandonar ahora del modo más cobarde. Pero la naturaleza humana es tal, que en medio de mis remordimientos flotaba la ola de un sentimiento de orgullo que me hacía creerme una especie de Tenorio irresistible.

—¿Es cierto que te vas? me preguntó Isidora con voz humilde y quejumbrosa.

Y notando mi vacilación para responderle, agregó: —Me lo dijo tu amigo Kariste.

—Yo temí que ella le hubiera hablado de sus penas que me interesaba ocultar á todo el mundo y le repliqué duramente.

—Apuesto á que le dijo usted mil calumnias contra mí.

—Calumnias..... Qué malo eres! ¿Por qué me hablas con tanta dureza? No le dije nada á tu amigo. El fué quien me contó que partían ustedes ¿es verdad eso?

Comprendí que me estaba hablando sinceramente y mi compasión renació.

—Sí, Isidora; es cierto, le contesté.

—Ah! Dios mío! exclamó. No lo quería yo creer. ¿y qué va á ser de mí sin verte?

No pudo contener por más tiempo sus lágrimas que había estado trabajosamente comprimiendo en sus párpados, y me dijo sollozando, con sollozos que me desgarraban el alma.

—Bueno, yo no tenía en el mundo más que á tí, y tú te vas y me dejas para que me muera aquí sola. Me habías dejado de amar.....ahora ya ni lástima me tienes.

Intenté consolarla, le tome sus manecitas flacas en que resaltaban las venas como cuerdas azules y le dije.

—No desesperes, Isidora. Es verdad que voy á partir pero no más que por algunos días. El pobre de Kariste á quien debemos tantos favores ha tenido el capricho de ir, y quiere que yo le acompañe. Pero volveremos pronto.

—Eso dices, eso dices, pero yo, bien sabe Dios que no te veré más, porque en cuantosalgas por esa puerta se me acaba de romper el corazón y me muero. ¿Vieras cómo siento el corazón? Como una cosa muy grande que ya no me cabe en el pecho y no me deja respirar. Como está lleno de mis lágrimas, cuando

reviente me envenenará y ya no te veré más, ya no te veré....

—Te juro que volveremos pronto.

—Eso me dices, pero Kariste está loco. Una vez en Roma ó en Florencia se le olvidará que existe París como se le olvida todo y se quedarán ustedes allí.

Isidora se me acercó tendió su brazo delgado como una cuerda y pálido, con palidez transparente y lo anudó á mi cuello. Su boca me besó con besos que lastimaban, como esos que las madres dan á los niños que se les mueren; su aliento cálido, aliento de enferma, me hacía la impresión de una llamarada y sus ojos se fijaron en mí como ávidos y sedientos.

—Déjame verte verte, verte bien, por la última vez, me dijo y luego se desplomó desvanecida.

Yo aproveché el momento para huir. Ya era tiempo, poco faltaba, apenas una hora para la salida del tren.

Pocos minutos después que yo, llegó Kariste á su casa muy alegre.

—Adivina qué hice hoy, me dijo.

Y sin esperar respuesta continuó:

—Pues fui al jardín de aclimatación y vi unos pavos reales, magníficos, diantre, magníficos, y me vino la idea de un gran cuadro decorativo: pavos reales en un campo de pensamientos, pavos agrupados entre matas de pensamientos, pavos pisando pensamientos ¿sabes?

Y nada de sint-sis, allí dentro ni cielo ni atmósfera: los pavos dibujados pluma por pluma y los pensamientos flor por flor. Mañana empiezo á trabajar.

—¿Pero no nos vamos á Italia en el tren que va á salir dentro de quince minutos?

—A Italia... á Italia! ¿Y que vamos hacer allí? En París hay pavos muy hermosos para modelo, anda á comprarme dos, cuesten lo que costaren.

Corrí á mi casa Isidora estaba en el mismo sitio del pavimento donde cayó momentos antes de mi salida.

La toqué. Estaba muerta.

OCTAVIO MIRBEAU.



## PAGINAS DE LA MODA



Fig. 1.—Manteau para salida en la tarde.

## EPISODIO DE LA VIDA FEMENIL.

Se había levantado á las cinco, era de noche aún; apenas si había descansado seis horas. Pero ¡qué hacer! Aquellos tres pequeñuelos destrozaban un monte de ropa. . . . .

La culpa, sin embargo, no era de ellos, se comprende, los trapos duran poco, y á cada momento había que remendarlos. Paciencia! y la pobre mujer, á la débil luz de una lamparilla, seguía cosiendo apresurada, agitando unas manos descarnadas sobre aquellos pobres trapos con movimientos febriles.

En un solo lecho, arrimada á un rincón de la miserable pieza, dormían encogidos los pequeñuelos, en aquellas extrañas y graciosas posiciones que suelen tomar los niños cuando yacen en el completo abandono del sueño.

De pronto, un ruido en un principio, como si surgiera de la tierra, luego aumentando hasta llegar á ser un fuerte silbido, largo, insistente, hizo temblar los vidrios de la ventana y los dos únicos vasos que estaban sobre el aparador de pino.

Dios mío! exclamó la mujer parándose de un salto y arrojando el trabajo sobre la mesa.

—Dios mío! El pito! Hijos míos, arriba, el pito, no lo habéis oído? Levantaos, arriba.

Y sin esperar más, emprendió á vestir las tres criaturas, con la precipitación, con el ansia propias de quien llega á la estación y ve que el tren está por ponerse en marcha.

Pronto, ligero. . . .

Los niños, sorprendidos en el sueño de aquella manera, pusieronse á chillar; pero la madre sin hacerles caso continuaba á vestirlos, confundiendo las medias, los zapatos y lanzando un grito toda vez que tenía que perder un minuto de tiempo para buscar alguna prenda caída debajo de una silla ó bajo la cama.

Por fin los tres rapaces quedaron vestidos: pero los pobrecitos aún no habían concluido de tener sueño y de chillar, muy al contrario, ahora tenían hambre.

La mujer corrió al aparador, sacó una taza repleta de sopa, y los pequeñuelos se le colocaron en torno.

La sopa estaba fría—era el mes de Julio;—pero los niños la devoraban igualmente.

La madre para hacer más pronto los embocada á grandes cucharadas y por turno: pero como ocurría á veces que alguno no fuera lo suficiente solícito á vaciar la boca, así la cuchara pasaba inexorable y entraba en la boca del vecino. La lección escarmentaba al despacioso comilón, que para no quedar otra vez rezagado, engullía las cucharadas de sopa así como estaba, sin perder tiempo para mascarla.

Concluida la operación, los chiquitines parecieron quedar satisfechos.

Entonces, siempre de furia, la mujer agarró del brazo el segundo y llevándose por delante el mayor, mientras levantaba en los brazos al último,—un pequeñuelo de tres años—cerró la puerta de un tirón, y bajó la escalera á saltos.

Abajo en la calle donde estaba el establecimiento, una porción de mujeres corrían para no dejarse sorprender afuera por el segundo silbido, que indicaba á un tiempo la entrada al taller y la clausura.

Después del sonido del pito, se sabe, había que pagar la multa.

Y no pasaba mañana que no hubiera alguna de estas retardatarias de un minuto; porque un minuto después ya no se entraba por el portón.

Todas corrían, galopaban, algunas en estado interesante luego se separaban un momento, pálidas, desfallecidas, á recobrar aliento, para emprender nuevamente la carrera hasta llegar al establecimiento á cuya puerta se paraban como ante un lugar de salvación, la cara se les iluminaba entonces con una sonrisa de satisfacción, mientras el corazón y la criatura se les agitaba dentro del cuerpo como si quisieran saltar afuera.

Nuestra mujer, á fuerza de gritos, empujones y tirones, había conseguido llegar con sus hijos hasta la puerta del Asilo de Infantes que estaba cerca del establecimiento, y había allí dejado al más pequeño de los niños, abandonando los otros dos sobre la acera,



después de haberles dicho en voz baja algunas palabras de recomendación. En ese instante, desde lo alto del techo de la fábrica se desprendió el segundo silbido, breve, seco, casi en son de broma. La mujer atravesó la calle de una corrida, y llegó al portón donde otras acababan de llegar: pero el portero, un siciliano ex sargento, las acogió con una guiñada de desprecio.

—Pero si recién acababa de sonar el pito, clamaba una

—Atrás, querida, retírese, hermosa... decía el ex-sargento con un tono melifluo insultante, agarrado del brazo a una que había conseguido pasar el dintel.

—Yo estoy en el oratorio—protestaba la obrera—déjeme pasar.

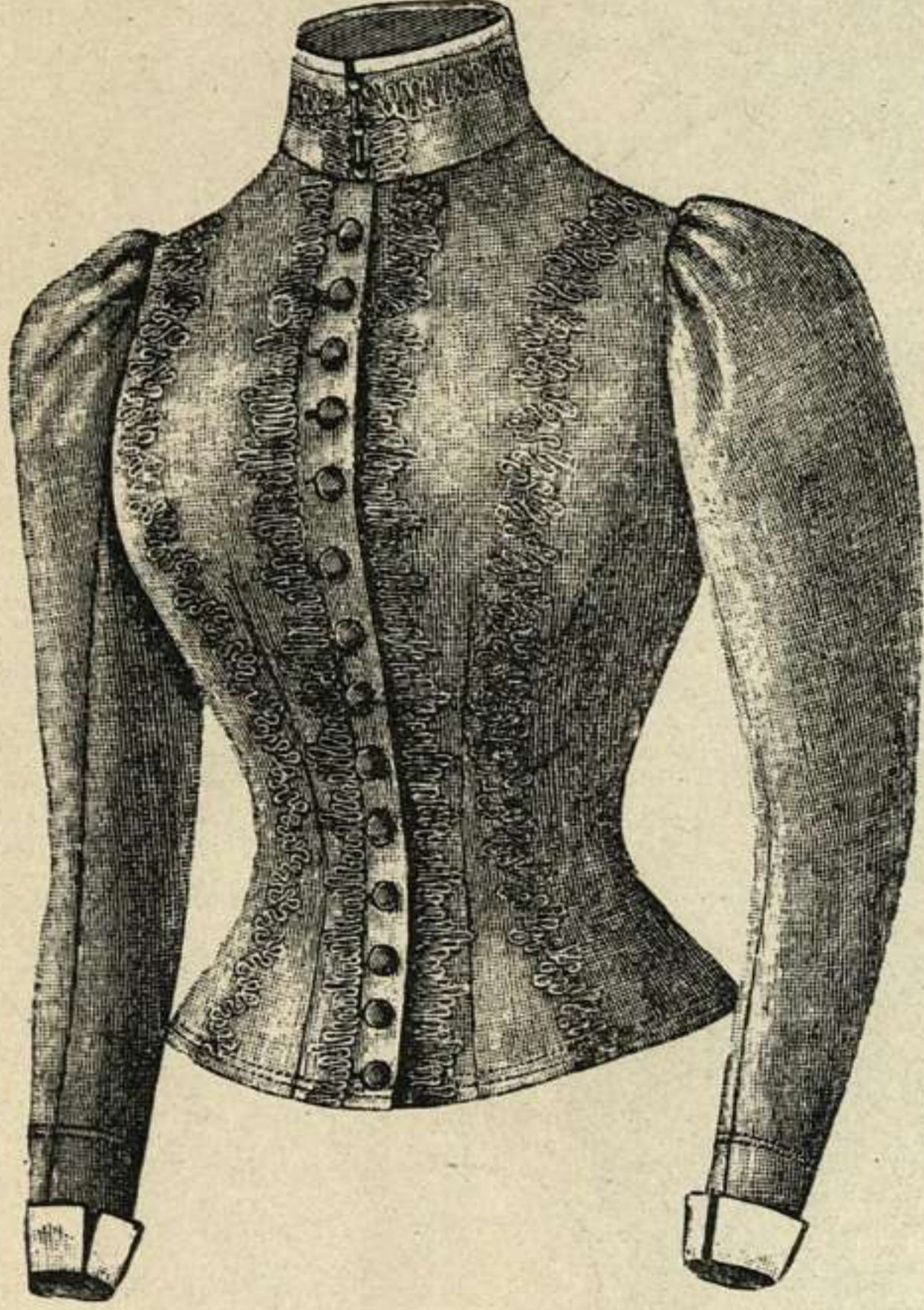


Fig. 2.—Cuerpo bordado.

Pero él ya la había echado fuera. Aprovechando la confusión otra obrera en cinta y de fisonomía doliente, había tratado de escabullirse hacia el patio, pero el portero que tenía la manija del cancel gritó:

—Ojo al vientre; y lo cerró de un empujón

La infeliz dió un salto gótico, gruesa como estaba; apenas si logró evitar el golpe.

El portón estaba cerrado: Las mujeres se miraron unas á otras, una de ellas tendió el brazo con el puño cerrado echando una maldición.

—Treinta céntimos de multa! Un minuto de atraso, un tercio de jornal perdido!

Pasaron una á una por la puerta pequeña, cabisbajas, pálidas, silenciosas, después de haber hecho asentar su nombre en una libreta.



Fig. 3.—Blusa elegante.

El siciliano con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca, sonreía á todas ellas mientras pasaban, y á las más jóvenes les murmuraba en voz baja algún requiebro

—Cochino!—contestó una y pasó.

Mientras tanto abajo en la calle, sumida aún en la semi-oscuridad del crepúsculo, al frío de Julio, dos niños, lloriqueando y teniendo de la mano, se encaminaban lentamente á la escuela, dos horas antes de su apertura.

Para destruir los insectos que se crían en las camas ó en los agujeros de las paredes disuélvase en agua polvos de peretro, concidos también con el nombre de polvos persas, bañándose con esta solución las partes infestadas.

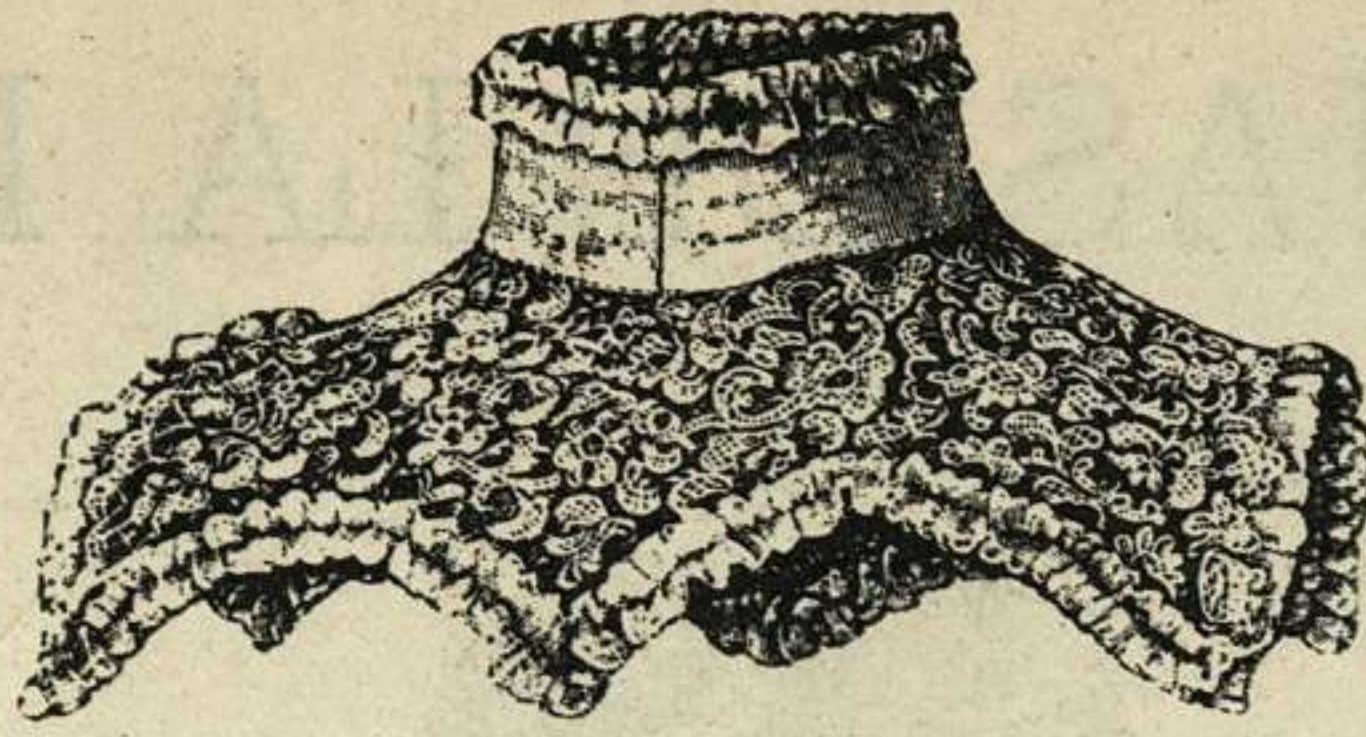


Fig. 4.—Guarnición para cuello.

#### CONSEJOS A LAS MUJERES CASADAS.

Sea usted siempre con su marido tan cortés y tan benévola como cuando él no era más que su novio. Entonces usted se alzaba para mirarlo; no le mire ahora de arriba á abajo. Tenga usted presente que



Fig. 5.—Gran paletotn de invierno, delatero y espalda.

con quien está usted casada es con un hombre, y esté, por tanto, preparada para las imperfecciones.

Deje usted una que otra vez que su marido sea el último que hable, eso lo complacerá á él y no le perjudicará á usted en nada. Deje también que él sepa



Fig. 6.—Volante última novedad.

más que usted, con eso conservará usted su propio respeto.

No deje usted de leer algo fuera de los artículos sobre las modas y gacetas sobre tertulias, porque en el mundo suele haber otras cosas tan importantes á lo menos, como esas grandes cosas.

Esté usted persuadida de que aún cuando su marido no tenga corazón, siempre tendrá estómago, y no olvide, por tanto, prepararle con alguna frecuencia alguna vianda bien sasonada para ablandar el yugo del matrimonio.

No le mortifique usted muy seguido por dinero, sino ajuste usted los gastos á lo posible.

En fin respete usted la parentela de su marido, especialmente á su madre, como que por ser ella la sue



Fig. 7.—Paletot para la estación.

gra de usted, ha dejado de ser madre de él, madre que lo amaba ya, cuando usted ni aún lo conocía.

#### PARA USO DOMESTICO.

Muchas veces se desea hacer una sola taza de café para tomar en las comidas. Para los que están acostumbrados á hacer el café solo en mayores cantidades, la operación es bastante difícil. Un buen cocinero recomienda el plan siguiente: Echese en una taza un poco de clara de huevo y llénese la taza de agua fría. Revuélvase bien, échese todo en la cafetera, há-

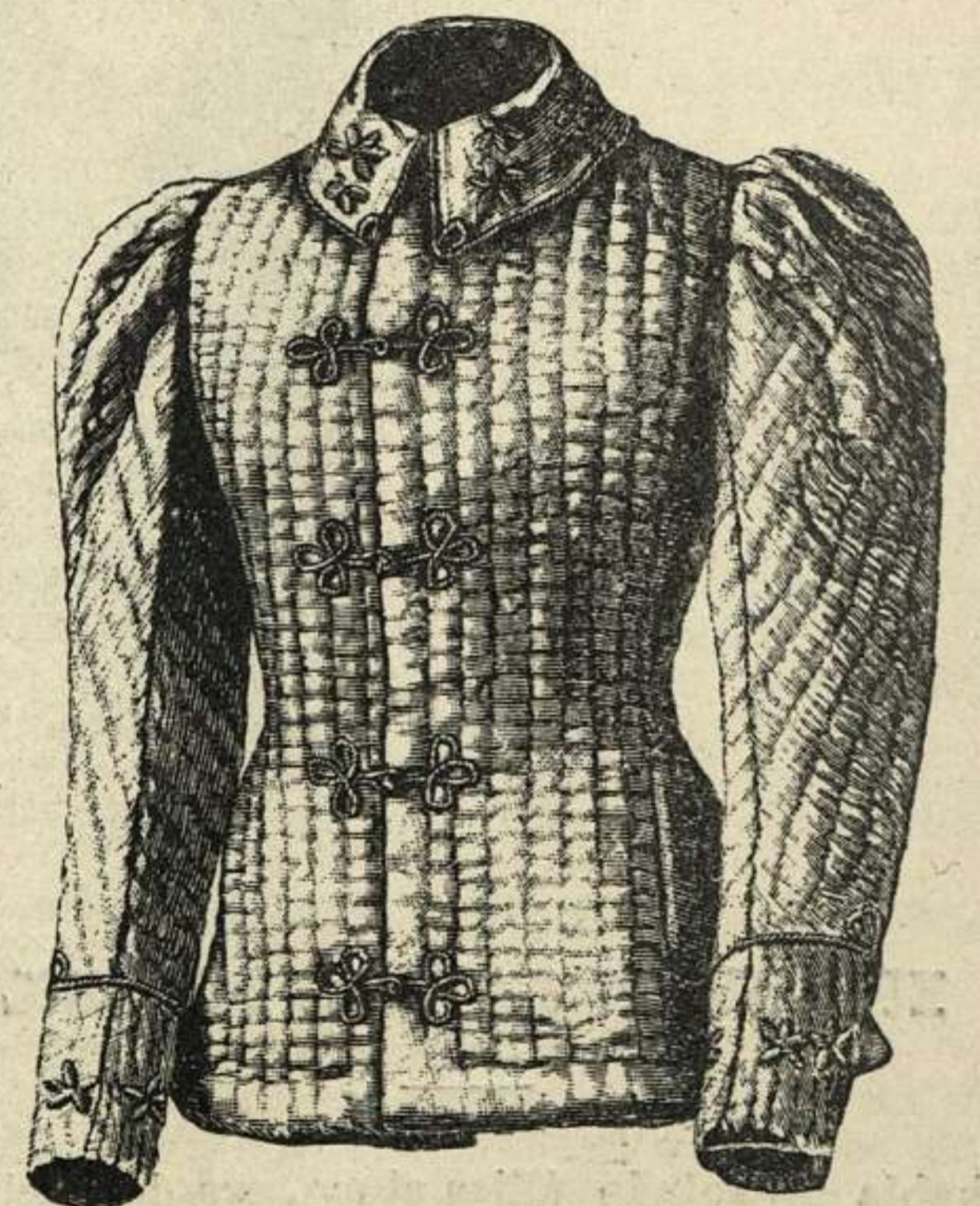


Fig. 8.—Abrigo para casa.

gase hervir un par de minutos y añádasele un poco más de agua caliente.

\*\*

Las nueces, las avellanas, almendras y otras frutas de esa especie, son, á causa de las substancias grasas que contienen, muy nutritivas, pero cuando se toman hay que masticarlas bien porque de lo contrario hay peligro de una indigestión. Las personas de estómago delicado no deben tomarlas nunca. Cuando más daño hacen es cuando se toman después de la comida.

\*\*

Quando se hierven cerezas frescas, grosellas y demás frutas delicadas para conservarlas, es conveniente añadir al agua un pequeño terrón de alumbre, pues se ha visto que así no se deshacen tanto.





Fig 9.—TOCA JUANA.

NOTAS HIGIENICAS

Para que la luz artificial no perjudique á la vista, es necesario que sea bastante intensa para permitir, sin esfuerzo alguno distinguir claramente los objetos. Los rayos luminosos de cualquier fuente que provengan están siempre acompañados de rayos coloríferos de intensidad variable según la clase de alumbrado, como hemos dicho anteriormente. Si los rayos luminosos no producen mal efecto en el aparato visual, los rayos del calor si, pues producen un estado congestivo del globo ocular, que, frecuentemente repetido y mantenido durante un tiempo un poco largo, produce trastornos considerables.

Así es que, cuando se está obligado á usar la luz artificial para algún trabajo que necesite el ejercicio del órgano de la visión, había de procurarse que con la mayor intensidad de la luz posible, para evitar los esfuerzos, se tenga la menor cantidad de calor que se pueda.

Por este motivo se debe preferir una luz intensa, que pueda colocarse lejos de los ojos, para que á ellos no lleguen los rayos coloríferos con intensidad capaz para perjudicarlos: otra manera de evitar esto, es hacer que el foco luminoso proyecte sus rayos únicamente sobre el objeto que se quiere alumbrar y que los ojos no lo reciban del foco de luz. A este fin, tienen las pantallas, reflectores etc., tan usados en todas partes.

La luz debe ser fija. Toda intermitencia, las oscilaciones de la flama de las velas, bujías, en las lámparas mal dispuestas, fatigan mucho la vista, requieren esfuerzos en el ojo, alternativas de dilatación y contracción de las pupilas, inconvenientes que son muy perjudiciales.

Es preferible tener varias luces colocadas convenientemente que una sola. En este último caso debe preferirse que la luz esté al lado izquierdo, sobre todo para el que escribe; pues así alumbrado perfectamente sin que la sombra proyectada por la mano, impida ver bien y sujete al ojo á esfuerzos.

La luz blanca, la que más se asemeja á la luz solar, es la mejor. Casi todos los sistemas de alumbrado dan una luz amarillenta, excepto la luz de arco que produce luz blanca ligeramente azulosa.

De los cuerpos cuya combustión se utiliza para alumbrado, el aceite y la estearina son los que dan una luz más blanca.

El color de la luz solar resulta de la fusión de rayos luminosos de los siete colores del espectro.

\*\*

Las plantas que se tienen de adorno en la sala ú otras habitaciones, requieren que se les quite con la mayor frecuencia posible el polvo que les cae en las hojas. Para esto conviene pasarles todos los días un trapo mojado por ambos lados de la hoja. Esto es necesario para que no se les obstruyan los poros por donde respiran como nosotros lo hacemos por la boca y por las narices.

\*\*

Para conservar cintas, listones, pañuelos y otros artículos de seda, se recomienda guardarlos envueltos en papel ordinario como el que se usa en las tiendas para hacer paquetes. El papel blanco tiene cloruro de cal y esta substancia descolora la seda. La ropa de

raso se debe envolver en papel azul y después en otro más fuerte, de cualquier clase.

Un oculista de gran fama dice que los velos con motas que tan de moda están ahora, son el peor enemigo que pueden tener los ojos.

\*\*

Para tapar las rendijas más ó menos grandes que se hacen en los pisos, tómese una gran cantidad de periódicos y papeles viejos, se hacen pedazos pequeños y se echan á cocer en una caldera, añadiendo al agua unos puñados de harina para formar un engrudo espeso, con el cual se rellenan las rendijas en las tablas cuando está caliente.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1—MANTEAU PARA SALIDA EN LA CALLE. Está hecho de un cuerpo de collet amplio, en tul blanco, sembrado de pajitas de diamantes fruncido en la parte baja por medio de un empujamiento que cubre todos los hombros formando una bonita esclavina. Ese empujamiento se recubre de muselina blanca, enteramente fruncida simulando un capuchón. El cuerpo de collet está incrustado de chantilly negra.

FIG. 2—CUERPO BORDADO.

De casimir de damas, muy justoy muy sencillo con adorno de guías de cordoncillo de seda.

FIG. 3—BLUSA ELEGANTE.

De sarga de seda negra, con un gran plissé á ambos lados, ceñida por un cinturón fantasía; entre ambos plissés una banda fijada por botones fantasía.



**OPINION DE UN CAPITALISTA EN MEXICO  
ACERCA DEL SEGURO SOBRE LA VIDA**

En "LA MUTUA" de Nueva York.

México, Octubre 3 de 1898.

Sr. D. Donato de Chapeaurouge,

Director General de la Compañía de Seguros; "LA MUTUA"  
Presente.

Muy Sr. mio:

Me permito acusarle recibo de los seguros por... (\$300,000.00) **trescientos mil pesos** que acabo de tomar en la Compañía que Vd. representa en esta República, y obsequiando sus deseos de que exponga las razones que he tenido para asegurarme en cantidad tan importante y para preferir el tomarla á "La Mutua" á pesar de que mis frecuentes viajes á Europa y Estados Unidos, me han dado toda clase de oportunidad para tomar mi seguro en cualquiera de las grandes Compañías del mundo, con gusto le manifiesto que en mi creencia, el seguro sobre la vida toma la forma de una protección, no sólo para mi familia, sino también para mis bienes y negocios que tengo entre manos, los que no quedarán sin fondos con que seguir activándolos si les faltase mi personal dirección.

Respecto á haber elegido "La Mutua," mi personal conocimiento de sus inmensos recursos, con los cuales cuenta para cumplir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes atractivos de seguros que ofrece son tales, que á mi juicio no admiten competencia.

En conclusión, le manifiesto que mi intención es aumentar el seguro sobre mi vida en esta Compañía dentro de poco tiempo, y tendré mucho placer en tratar con Vd. este asunto.

Soy de Vd. afmo y atto. S. S.

Firmado.—C. Eisemann.



Fig. 12.—Corbata última novedad



Figs 13 y 14.—Trajes de estación.

FIG. 4—GUARNICIÓN PARA CUELLO.

Es una elegantísima guarnición de guipure terminada en puntas, orladas de volantes ligeros de muselina de seda, y ceñido el cuello por una leve cinta de satín.

FIG. 5—GRAN PALETOT DE INVIERNO, DELANTERO Y ESPALDA.

Es de casimir asargado, con una elegante esclavina redonda, muy ajustado y dos grandes filas de botones fantasía. Sobre cuello de terciopelo muy sencillo.

FIG. 6—VOLANTE ÚLTIMA NOVEDAD.

Es un volante muy hermoso de escosés con entredoses de cinto acordonada de seda para remate de faldas de cierta severidad y elegancia.

FIG. 7—PALETOT PARA LA ESTACIÓN.

De paño obispo, ligeramente diagonal, hecho de dos empiezos: el superior que forma un casacón ajustado, dejando dos elegantes faldetas, y el inferior que está constituido por una falda rígida y justa. Dos hileras de botones fantasía ornan y cierran el casacón.

FIG. 8—ABRIGO PARA CASA.

Estilo dragón muy justo con cuello vuelto y adorno de alhamares y estrellas.

FIG. 9—TOCA JUANA.

Sombrero levantado delante, de fieltro castor muy claro, guarnecido de dos draperías torsaladas de terciopelo un poco más pálido aún, una de ellas se enreda á la izquierda al rededor de la falda; la otra á la derecha desapareciendo en la parte posterior, delante las dos se cruzan sosteniendo una larga pluma.

FIG. 10—FICHÚ ELEGANTE.

Es un fichú volante de muselina de seda, ornado de blonda blanca de Bélgica y rematado en el talle por un bonito lazo de satín. El fichú se abre sobre un gran plastrón de cadeneta, de muy buen gusto

FIG. 11—TOILETTE DE DAMA PARA LA ESTACIÓN.

Es una elegantísima toilette de seda acero asargada con grandes aplicaciones de bordado á bandas paralelas con entredoses de seda negra. Cuerpo abluado con un hermoso fichú de blonda de Alençon vieja.

FIG. 12—CORBATA ÚLTIMA NOVEDAD.

Damos con este número uno de los más elegantes modelos de corbatas para trajes estilo sastre de las que están hoy más en boga.



Fig 11.—Toilette de dama para la estación.

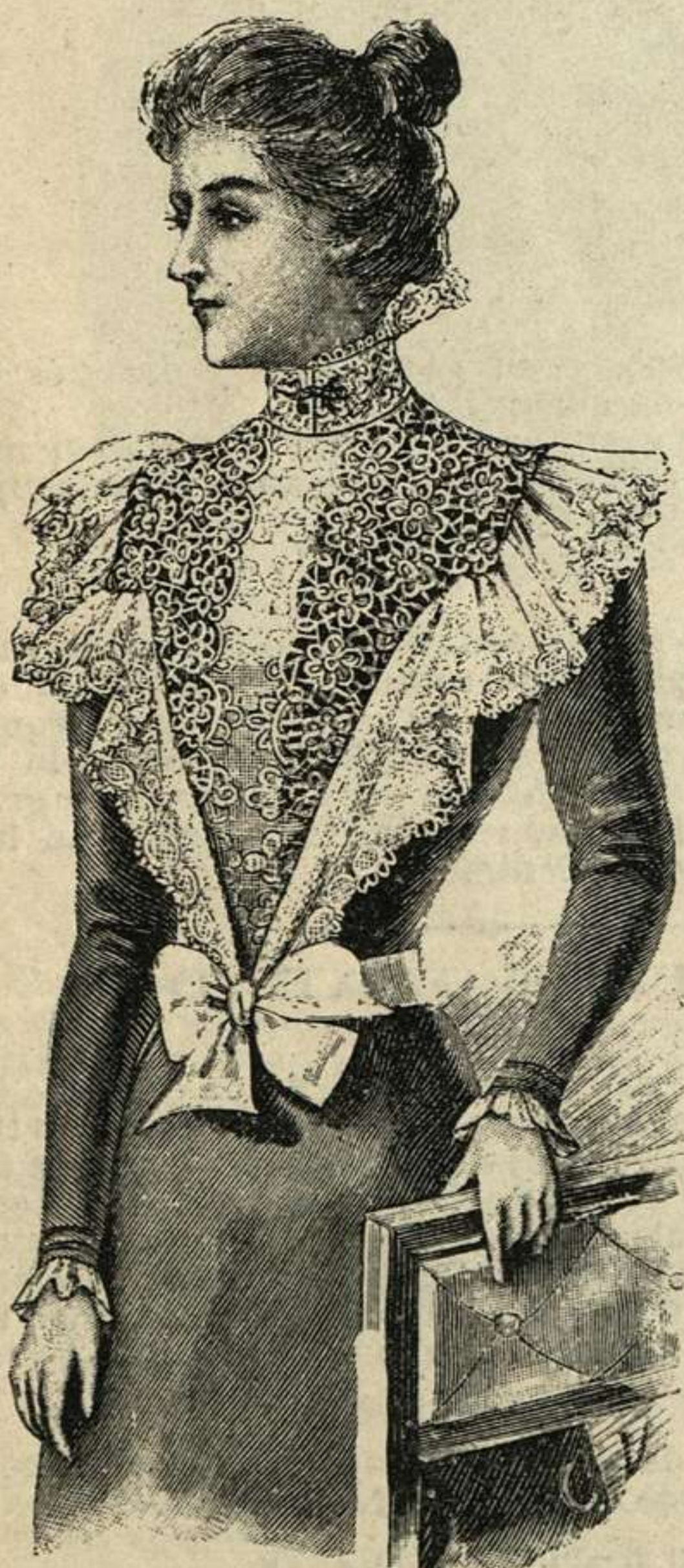


Fig. 10.—Fichú elegante.